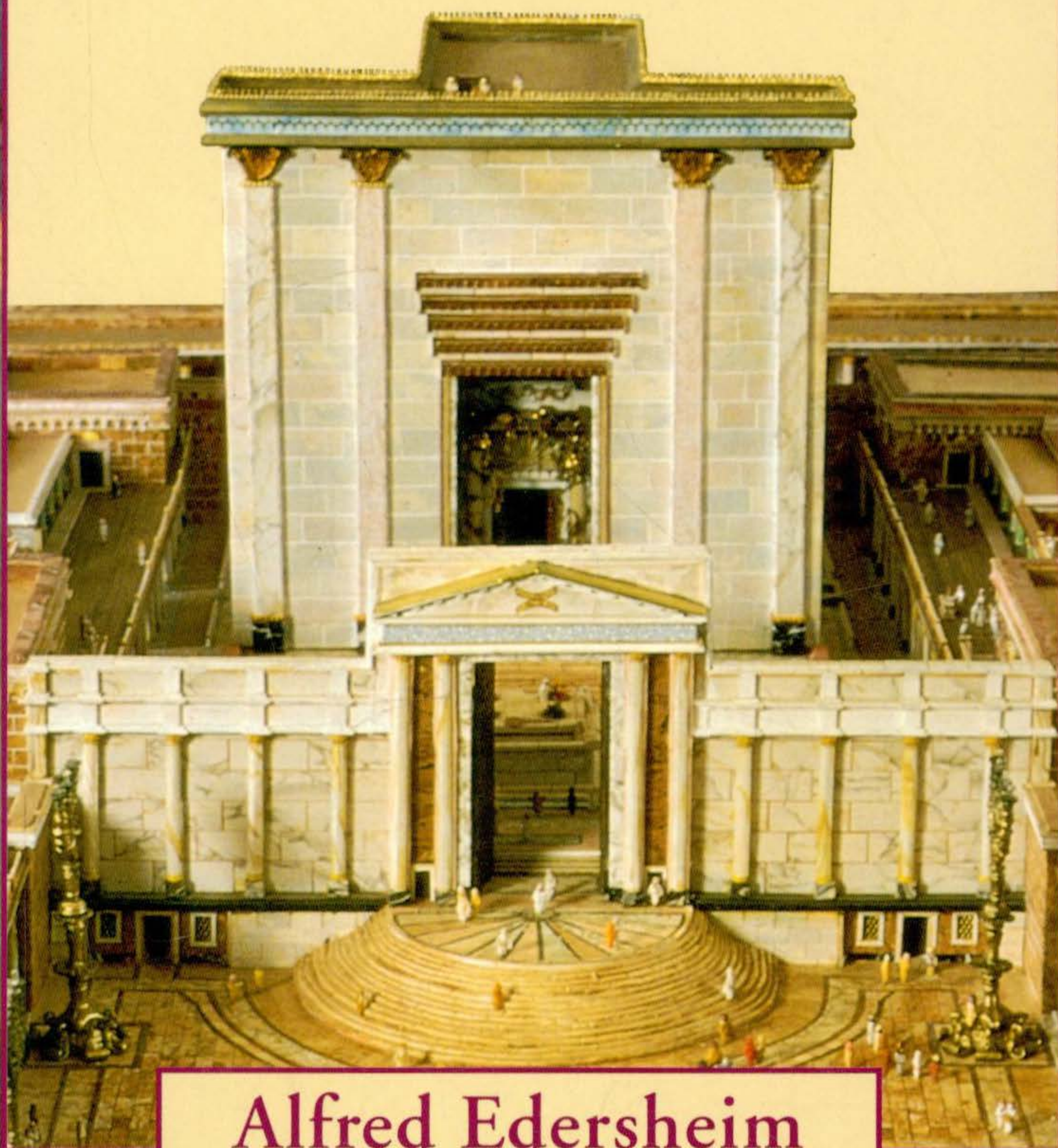


EL TEMPLO

Su ministerio y servicios
en tiempos de Jesucristo



Alfred Edersheim

Introducción por John J. Bimson

Título del original: *The Temple: Its Ministry and Services As They Were at the Time of Jesus*, copyright © 1997 by Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan. Texto original de Alfred Edersheim, publicado por primera vez en 1874.

Edición en castellano: *El templo: Su ministerio y servicios en tiempos de Jesucristo*, © 1997 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501.

Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción o transmisión de cualquier parte de esta obra, de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, sin permiso previo escrito de la editorial o una licencia que permita el copiado restringido.

Diseñado y creado por Three's Company, Londres.

Coedición mundial organizada por Angus Hudson Ltd., Londres.

Agradecemos la gentileza de Editorial CLIE de permitirnos usar para la presente edición el texto de la obra *El templo: Su ministerio y servicios en tiempo de Cristo*, traducción de Santiago Escuin.

Traducción de la Introducción:

Mercedes De la Rosa

Diseño de la portada: Alan G. Hartman

Compaginación: Nicholas G. Richardson

EDITORIAL PORTAVOZ

Kregel Publications

P. O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 EE.UU.

ISBN 0-8254-1199-8

2 3 4 5 6 impresión/año 06 07 04 03 02

Printed in Singapore

Documentación fotográfica

Ministerio de la Iglesia entre los judíos: pp. 65, 71, 155

Tim Dowley: pp. 11, 15, 19, 22, 25, 27, 49, 55, 91, 109, 113, 123, 149, 151, 164, 169, 207, 209, 243, 247

Peter Griffin (por arreglo especial con el señor Alec Garrard): pp. 1, 3, 6, 29, 36, 37, 43, 57, 81, 118, 119, 132, 133, 164, 165, 173, 181, 188, 189, 201, 223, 229, 234, 235

Zev Radovan: pp. 17, 47, 99, 127, 161, 185, 211

Unique Image: p. 145

Peter Wyart: pp. 9, 13, 33, 45, 59, 101, 107, 129, 143, 185, 193, 195, 217

Ilustraciones:

Alan Parry: pp. 76, 77, 79, 85

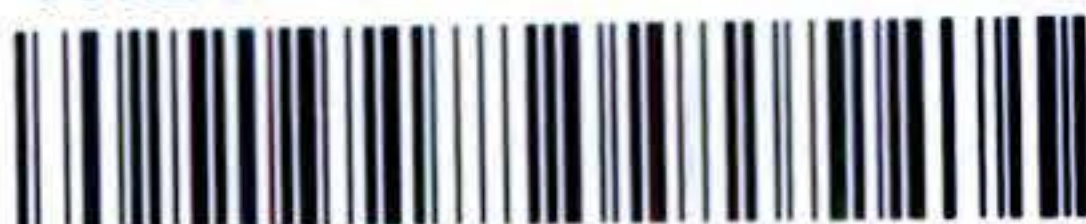
La maqueta del templo

Este libro está ilustrado con fotografías a todo color de la magnífica maqueta auténtica del templo de Herodes construida en base de información de la Biblia, el Talmud, la Misná, los escritos de Flavio Josefo, Alfred Edersheim y F. W. Farrar, y de los últimos descubrimientos arqueológicos. Ha sido construida por el señor Alec Garrard de Fressingfield, Norfolk, Inglaterra, y está hecha a una escala de 1:100. Todos los «ladrillos» utilizados en la maqueta fueron horneados en el horno de la familia. El señor Garrard —un granjero de Norfolk, antiguo constructor y predicador laico metodista— ha sido un entusiasta constructor de maquetas desde temprana edad. Su maqueta es tan grande que ocupa todo un granero junto a la casa de campo del siglo XVI del señor Garrard, en Moat Farm.

CONTENIDO

Introducción	7
1 Una primera perspectiva de Jerusalén y del templo	23
2 Dentro del santuario	35
3 Orden del templo, ingresos y música	51
4 El sacerdocio oficiante	63
5 Los sacrificios: Su orden y su significado	78
6 El holocausto, la ofrenda por el pecado y por la culpa y la ofrenda de paces	89
7 De noche en el templo	98
8 El sacrificio matutino y el vespertino	105
9 El sábado en el templo	120
10 Ciclos festivos y disposición del calendario	134
11 La Pascua	141
12 La fiesta pascual y la Cena del Señor	153
13 La fiesta de los panes sin levadura y el día de Pentecostés	166
14 La fiesta de los tabernáculos	176
15 Las lunas nuevas: Las fiestas de la séptima luna nueva, o de las trompetas, o del Día de Año Nuevo	190
16 El día de expiación	198
17 Fiestas postmosaicas	214
18 Sobre las purificaciones	221
19 Sobre los votos	236
Apéndice: ¿Instituyó el Señor su «Cena» la noche de la Pascua?	246
<i>Índice</i>	252
<i>Índice de textos bíblicos</i>	254

This One



X42S-GCT-CHOJ



El magnífico interior del pórtico real, el gran corredor que se extiende por el extremo sur de la plataforma del templo, de la maqueta del señor Garrard.

INTRODUCCIÓN

Alfred Edersheim comenzó el prefacio a su primera edición de este libro, publicado en 1874, fijando su objetivo osadamente:

Ha sido mi deseo en este libro transportar al lector diecinueve siglos en el pasado; mostrarle Jerusalén como era entonces, cuando nuestro Señor pasaba por sus calles y por el Santuario, cuando enseñaba por sus porches y atrios....

¿Cómo fue que emprendió este proyecto tan ambicioso? ¿tuvo éxito?

Las fuentes para reconstruir Jerusalén y su templo tal como eran en el tiempo de Jesús son principalmente de dos tipos: escritas y arqueológicas. Las antiguas fuentes escritas a las cuales recurrió Edersheim fueron (además de la Biblia) las obras de Josefo y Filón, escritores judíos de primer siglo, y los escritos producidos por el judaísmo rabínico a partir del siglo II. Hoy podemos comprender todos estos escritos mejor que en los años de 1870, gracias a los esmerados esfuerzos de numerosos eruditos. Pero es indudablemente en el progreso de la investigación arqueológica donde se producen los cambios más dramáticos. Edersheim hizo lo mejor que pudo con los informes arqueológicos de que disponía, pero la excavación en Jerusalén estaba en pañales cuando él escribió, y es inevitable que las peores deficiencias del libro (afortunadamente limitadas a una pequeña parte de él) ocurriesen en esta área.

Más adelante volveremos a los hallazgos arqueológicos pertinentes. Antes sería útil presentar las fuentes escritas, con algunos comentarios sobre el uso que Edersheim hace de ellas.

Fuentes escritas

Flavio Josefo

Flavio Josefo nació alrededor del año 37 d.C. y vivió justo hasta principios del siglo siguiente. Nació en una familia sacerdotal

aristócrata de Jerusalén y fue bien versado en el judaísmo desde temprana edad, una especie de niño prodigio (¡según su propia autobiografía!). Entre las edades de dieciséis y diecinueve años, probó las enseñanzas y el estilo de vida de tres grupos judíos: los fariseos, los saduceos y los esenios, y vivió una vida ascética con un ermitaño llamado Bano. Finalmente se unió a la escuela de los fariseos. A la edad de veintiséis años se inició en una vida pública muy variada y visitó Roma en misión diplomática.

Josefo tenía veintinueve años cuando estalló la primera revuelta judía contra Roma en el año 66 d.C. A pesar de su falta de experiencia militar se le encomendó Galilea, que fue la línea del frente en los primeros meses de la guerra. Su comando no duró mucho tiempo. En el año 67 d.C., cuando sus fuerzas se hallaban en una posición irremediable, se rindió ante los romanos. Sin embargo, Josefo fue liberado dos años después, luego de profetizar acertadamente que el general Vespasiano llegaría a ser emperador. Pasó el resto de la guerra con las fuerzas romanas; en el año 70 d.C., fue testigo de la caída de Jerusalén ante Tito, el hijo de Vespasiano, y de la destrucción del templo. Finalizada la guerra, recibió la ciudadanía romana más una villa y pensión en Roma, donde inició su carrera literaria. Parece que nunca volvió a Judea.

Su libro *Las guerras de los judíos* (a veces conocido por la abreviatura *BJ* de su título en latín *Bellum Judaicum*) fue escrito durante los años 75 y 79. Trata principalmente de la primera revuelta judía y su desastroso resultado, el cual terminó con la caída de Masada, la última fortaleza rebelde, en el año 73. Sus *Antigüedades de los judíos* (en latín *Antiquitates Judaicae*) fue escrito en los años 93—94 y es la obra más larga de Josefo.¹ Relata una historia que comienza con la creación y termina con el estallido de la primera revuelta. Por lo tanto, coincide en sus últimas partes con las *Guerras*. Las otras

obras de Josefo, ambas escritas alrededor del año 100, son *Vita*, dedicada principalmente a defender sus acciones en Galilea durante la primera revuelta, y *Against Apion* [Contra Apión], una defensa del judaísmo frente a varios detractores paganos.²

Como historiador, Josefo ha recibido una crítica variada. No es infalible y hay discrepancias entre sus diferentes obras. Tampoco es imparcial; escribe para defender el judaísmo ante sus lectores paganos y está fuertemente parcializado contra los revolucionarios judíos. Por otro lado, se le considera generalmente preciso cuando describe los acontecimientos de que fue testigo personal.

Es primordialmente por Josefo que nos enteramos del papel que desempeñó Herodes el Grande para darle forma a la Jerusalén del siglo I. Herodes (37—4 a.C.) urbanizó de nuevo la ciudad siguiendo líneas grecorromanas actualizadas, y le edificó un templo que estuviese a la altura de su grandiosidad. El templo mismo fue reedificado y rodeado de atrios muy grandes. A pesar de esta radical reurbanización, el templo de Herodes todavía se conoce como el segundo templo, lo que enfatiza su continuidad con el templo reconstruido cinco siglos antes por los judíos que regresaron del exilio en Babilonia. Herodes comenzó la obra en el templo en el 23 a.C. (en el año quinceavo de su reinado según *Guerras* I, 21, 1) o en el año 20 a.C. (en el año decimoctavo según *Antigüedades* XV, 11, 1). La obra básica en el templo mismo y en los atrios a su alrededor y los pórticos tardó diez años en completarse, pero el proyecto completo no se terminó hasta el año 63 d.C., tan sólo unos años antes de que fuese destruido.

Tanto en *Guerras* (V, 5, 1—8) como en las *Antigüedades* (XV, 11, 3—7) se hallan descripciones del templo. Es de esperar que Josefo haya sido una fuente confiable de información. Después de todo, era parte de una familia de sacerdotes, y se presume que entre los dieciséis y los diecinueve años pasó el tiempo involucrado en tareas sacerdotales. Desafortunadamente, las dos descripciones no concuerdan en todos los detalles. En aquellas ocasiones en que tenemos que escoger entre ambas, parece haber una buena base para preferir el relato más largo de *Guerras*. E. P. Sanders sostiene que Josefo tenía acceso a los registros militares romanos cuando

escribió esta obra (Josefo menciona que usó fuentes romanas en *Against Apion* [Contra Apión] I.9), pero probablemente confió más en su memoria cuando escribió las *Antigüedades* casi veinte años después; su memoria para entonces era menos precisa de lo que lo habían sido sus fuentes escritas. Sanders observa que ni siquiera por la familiarización personal de Josefo con el templo era probable que tuviese ese conocimiento tan íntimo de alturas y anchuras (¿cuántos de nosotros podríamos describir nuestras propias casas con tanto detalle sin medirlas?). Por lo tanto, concluye que solamente una dependencia de la pericia romana puede explicar el grado hasta el cual la descripción que hace Josefo de Jerusalén y del templo en *Guerras* V ha sido apoyada por la arqueología y por un conocimiento de arquitectura.³

La precisión de Josefo en algunos asuntos debe equilibrarse con su tendencia a exagerar en otros. Un ejemplo de ello sería su estimación de las personas presentes en Jerusalén para la celebración de la Pascua (aproximadamente 2.770.000 en *Guerras* VI, 9, 3; más de 3.000.000 en otra ocasión en *Guerras* II, 14, 3). Edersheim cita estas cifras y señala: «Estos cálculos, al provenir de documentos oficiales, difícilmente pueden haber sido exagerados.»⁴ Por otro lado, los eruditos modernos concluyen que los números son muy exagerados. Sanders, después de considerar varias claves, sugiere que las personas presentes para las grandes fiestas, especialmente la Pascua, eran probablemente de 300.000 a 500.000 (el templo de Herodes tenía una capacidad para 400.000).⁵

Hacia el final de su descripción en *Guerras* V, Josefo promete hablar sobre el templo de Jerusalén, sus costumbres y sus leyes con mayor detalle en una obra posterior. Por desgracia para nosotros, esa obra nunca se escribió, y si se escribió, no sobrevivió.

Filón de Alejandría

El filósofo judío Filón nació entre los años 20 y 10 a.C. y murió probablemente alrededor de los años 45—50 d.C. Perteneció a una de las familias más acaudaladas e influyentes de Alejandría.

Fundada por Alejandro el Grande en el 332 a.C., por quien le pusieron el nombre, Alejandría se convirtió en una de las ciudades más espléndidas del mundo grecorromano, un



La fortaleza de Masada desde el este, con la rampa que construyeron los romanos que la asediaron.

gran centro comercial y académico. Los judíos siempre fueron un elemento significativo en su mezclada población (siendo los restantes griegos y egipcios). El idioma principal de esta comunidad judía era el griego, y fue en Alejandría donde se tradujo por primera vez al griego el Antiguo Testamento, durante los siglos II y III a.C. (Esta traducción se conoce como la Septuaginta y se indica por el número romano LXX.)

Fue para esa comunidad judía del ambiente helénico para quien escribió Filón. Era un judío creyente y practicante con una preparación griega muy amplia, y por medio de sus extensos escritos se convirtió en el portavoz principal del judaísmo alejandrino. Muchas de sus obras intentan interpretar las escrituras judías en términos del mejor pensamiento filosófico griego, tanto para ensalzar el judaísmo ante los griegos cultos como para fortalecer la fe de los judíos que se encontraban bajo presión de la cultura pagana y de los estallidos antisemíticos. Uno de esos estallidos ocurrió en el año 38 d.C., y como resultado de ellos, Filón encabezó una delegación que visitó al emperador Gayo Calígula en Roma.

¿Cuán preciso es Filón cuando habla del ju-

daísmo y de la manera en que se practicaba en Jerusalén? Algunos escritores han dudado de sus conocimientos del judaísmo en Judea. Por otro lado, como cronista de eventos contemporáneos en Judea parece haber utilizado información confiable. Por ejemplo, en el relato de su misión ante Gayo Calígula (*The Embassy to Gayo* [La embajada a Gayo]) hace un recuento completo del intento de Calígula de profanar el templo de Jerusalén, de lo cual informaron mensajeros de Judea a la embajada. Un erudito ha dicho recientemente que Filón es un historiador mucho más confiable que Josefo, especialmente cuando se encontraba más cerca de los acontecimientos en cuestión (p. ej., en la procuraduría de Poncio Pilato; *Embassy*, 299ss).⁶ Visitó Jerusalén por lo menos una vez «para ofrecer oraciones y sacrificios» en el templo (*On Providence* 2:64), y parece haber estado familiarizado con las reglamentaciones que regían la adoración en el templo y los impuestos del templo (*Special Laws* 1:78; *Embassy* 156). Por lo tanto, se puede afirmar que Filón tenía un buen conocimiento de los acontecimientos y las prácticas que se llevaban a cabo en Jerusalén y en el templo, ya fuere por experiencia personal o por medio del contacto con judíos de Judea.⁷

Literatura rabínica

1. La Misná

No tenemos ningún escrito rabínico del período del segundo templo en sí. Aparte del Antiguo Testamento, la colección más antigua de la ley y la tradición judía es la *Misná*, una obra compilada alrededor del año 200 d.C. bajo la dirección del rabino Yehuda Ha-Nâsi («el príncipe»). *Misná* significa literalmente repetición, pero por extensión significa «enseñanza», porque era por repetición que se transmitía la enseñanza de maestro a pupilo.

La *Misná* es una codificación de la Torá oral (la Ley) dividida en sesenta y tres secciones conocidas como tratados. Estos se agrupan en seis divisiones principales (*sedarim*, «órdenes»). El material que hay en la *Misná* abarca una amplia gama de temas: agricultura, propiedad, regulaciones para el día de reposo, leyes y rituales del matrimonio. Una traducción que se hizo hace poco al inglés de la *Misná* tiene 1.137 páginas.⁸

El material pertinente al templo, sus fiestas y sus rituales ocupa varios tratados, de los cuales aquellos de interés particular se hallan en las órdenes *Mo'ed* («Fiestas establecidas») y *Qodashin* («Cosas santas», principalmente sacrificios). La última también contiene el tratado *Middot* («Medidas»), el cual proporciona detalles de la estructura del templo y sus dimensiones. Pero, ¿por cuánto tiempo puede una obra compilada al final del siglo II preservar información precisa sobre una institución que dejó de existir 130 años antes? Edersheim escribió confiadamente en su prefacio:

... tenemos en la Misná un cuerpo de tradiciones autorizadas, que alcanzan no sólo a los tiempos del templo, sino incluso a los días de Jesucristo. He dependido principalmente de esta fuente de información, naturalmente en combinación con el Antiguo Testamento mismo.

La mayoría de los eruditos de hoy hace una evaluación mucho más cautelosa. La *Misná* consiste de dichos que se atribuyen a numerosas autoridades rabínicas, relativamente pocos de los cuales estaban vivos cuando el templo estaba en pie. La mayoría de las autoridades mencionadas estaban en su apogeo hacia la mitad del siglo II d.C. Jacob Neusner ha apuntado que la *Misná* nos cuenta mucho más acerca de la era en la que se compiló de

lo que nos puede contar acerca del período anterior al 70 d.C.⁹

Sin embargo, esto no significa que la *Misná* no contiene material auténtico anterior al 70 d.C. El asunto es, en realidad, bastante complicado. Sanders nos da un ejemplo instructivo de los asuntos involucrados.¹⁰ El tratado *Zevahim* («Ofrendas de animales») contiene un debate de lo que sucedía con la piel de los animales que no se podían usar en los sacrificios después de muertos (p. ej., por contacto con algo ritualmente inmundo). Normalmente, las pieles de los animales que se sacrificaban para los holocaustos, las ofrendas por el pecado y las ofrendas por la culpa eran propiedad de los sacerdotes. Los compiladores de la *Misná* debatían si esto era correcto en el caso de los sacrificios que habían sido invalidados. Se cita a una autoridad llamada Hananiah, que llevaba el título de «prefecto de los sacerdotes», diciendo: «En todos mis días, nunca vi que se llevara la piel de un animal al lugar del holocausto.» En otras palabras, el testimonio de esta autoridad, que había desempeñado un cargo en el templo y podía hablar por experiencia propia, era que los sacerdotes se quedaban con todas las pieles. Sin embargo, ciertos «sabios» anónimos (autoridades rabínicas del siglo II) contradicen su opinión al afirmar: «Va al lugar de la ofrenda» (*Zevahim* 12:4). En este caso tenemos una referencia clara a la práctica anterior al año 70 d.C. que cotejar con la teoría del siglo II de lo que debió haber sucedido. Normalmente no somos tan afortunados y no podemos afirmar si estamos leyendo un informe auténtico de lo que se hacía en el templo, o simplemente una discusión teórica del siglo II de cómo debieron hacerse las cosas. En suma, haríamos bien siendo cautelosos al deducir de la *Misná* la práctica anterior al año 70 d.C.

La necesidad de cautela queda bien ilustrada por el material de la *Misná* sobre la Pascua (en el tratado *Pesahim*, «Pascuas»). Edersheim lo usa para reconstruir una comida pascual de primer siglo (en el Cap. 11) y la «Cena del Señor» (en el Cap. 12), describiendo el contenido de *Pesahim* como «la tradición más antigua y confiable»;¹¹ incluso afirma: «... la mayor parte de las costumbres observadas [en la comida de la Pascua] en nuestros días son precisamente las mismas que las de hace 1.800 años.»¹² Por otro lado, la erudición moderna hace hincapié en que la *Misná* se originó en el ajuste del judaísmo a la pérdida del templo; en este

proceso, las ceremonias religiosas se adaptaron para independizarlas del culto del templo y sus sacrificios. Como resultado de ello, las leyes de la *Misná* introdujeron cambios fundamentales a dichas ceremonias, incluyendo la Pascua. Pero hace legítimas las nuevas formas de rituales al escribir acerca de ellas como si datasen del período del segundo templo. Estudios recientes llevados a cabo por diferentes eruditos han revelado que la *Misná* usa esos anacronismos para forjar enlaces con el pasado.¹³ A la luz de dicha investigación, debemos ser mucho más escépticos que Edersheim en cuanto a que la *Misná* puede ayudarnos a reconstruir la Pascua como la conocían Jesús y sus discípulos.

¿Qué podemos decir de la minuciosa descripción del templo, con sus medidas, que aparece en el tratado *Middot*? Esta descripción difiere considerablemente en algunos lugares de la descripción que hace Josefo en *Guerras V*, y es mucho lo que han debatido los eruditos acerca de cuál relato ha de preferirse. Según Sanders, la descripción de Josefo es superior por muchas razones.¹⁴ Ya hemos visto su argumento de que Josefo probablemente utilizó fuentes militares romanas cuando compiló su narración en *Guerras V*. Además sugiere que donde *Middot*

difiere de Josefo está recurriendo a un ideal bíblico de lo que debió haber sido el templo. Por ejemplo, Josefo describe impresionantes pórticos llenos de columnas que rodean el atrio exterior del monte del templo y dice que el perímetro del atrio exterior mide 1,2 km (3/4 de milla) (V, 5, 2); además sabía que el atrio exterior no era cuadrado (VI, 5, 4). Por otra parte, *Middot* describe un atrio menor, exactamente 500 codos cuadrados y sin pórticos. Los pórticos que describe Josefo tienen sentido arquitectónicamente hablando, y se han descubierto fragmentos de sus columnas y capiteles; la medida que da del perímetro es ligeramente menor que la distancia probable medida en el interior de los pórticos (la medida exterior del monte del templo es casi 1,45 km/nueve décimos de milla), y el monte del templo obviamente no era cuadrado. Por tanto, Josefo describe la realidad, mientras que los 500 codos cuadrados de *Middot* parecen haber sido tomados de la visión de Ezequiel del templo restaurado (Ez. 42:16-20).

Sin embargo, la opinión de Sanders no es la única manera de resolver esta sorprendente diferencia entre las dos fuentes. Después de examinar cuidadosamente los rasgos sobrevivientes del monte del templo, Leen Ritmeyer cree que ha detectado los límites

Exterior del pórtico real, del modelo en Jerusalén.



de la plataforma del templo preherodiano. Es un cuadrado que mide 262 metros (861 pies) de lado, lo que corresponde exactamente a los 500 codos cuadrados de *Middot* 2:1.¹⁵ Esta fue aparentemente la plataforma usada por los primeros reedificadores del templo después que regresaron del exilio en el siglo VI a.C., y con toda probabilidad se remonta a la construcción original de Salomón. Si los hallazgos de Ritmeyer son correctos, parece que las medidas que aparecen en Ezequiel 42 se remontan al atrio del templo salomónico. De ahí se deriva que cuando *Middot* describe el monte del templo, solamente se refiere al área sagrada original; ignora completamente la ampliación que Herodes hizo al monte del templo, la cual añadió el atrio de los gentiles (y los pórticos que lo rodean) a la plataforma anterior. Las autoridades rabínicas responsables de *Middot* aparentemente no consideraban que el área adicional pertenecía legítimamente a los atrios del templo.

Cualquiera que haya sido la razón del desacuerdo entre *Middot* y Josefo cuando describen el monte del templo, hay una serie de eruditos que prefieren la descripción de *Middot* de las estructuras centrales, incluyendo el templo mismo.¹⁶ Ni siquiera Sanders descarta a *Middot* como una fuente de información precisa. En realidad, afirma que la descripción de Josefo del atrio de las mujeres tiene sentido únicamente cuando va acompañada de la información que aparece en *Middot* 2:5 que dice que las mujeres tenían una galería desde la que podían ver el atrio de los sacerdotes.¹⁷ En otras palabras, Josefo y *Middot* se complementan a veces y ambos deben utilizarse, con la debida precaución, si hemos de hacernos una imagen del templo que se acerque a la precisión histórica.

2. La Tosefta

La redacción de la ley y la tradición judías no terminó con la compilación de la *Misná*. En realidad, la *Misná* en sí generó directamente otras obras, la primera de las cuales es la *Tosefta*. *Tosefta* significa «añadidura», y es un tomo que acompaña a la *Misná* y que la explica, la ilustra y la complementa. La *Tosefta* arregla el material en tratados igual que la *Misná*, pero le faltan cuatro de los tratados que se hallan en la obra que la precede. Cita más autoridades rabínicas que la *Misná*, en parte porque contiene las opiniones de dos generaciones posteriores (la que produjo la

Misná y la que la siguió), y en parte porque hace referencia a otras autoridades de generaciones anteriores. Como resultado de ello, es más de tres veces más larga que la *Misná*. Fue compilada probablemente alrededor del año 230.

3. El Talmud

Los debates basados en la *Misná* siguieron generando más material complementario durante los siglos siguientes. A la larga esto dio origen al *Talmud*, el cual existe en dos versiones. El primero en terminarse fue el *Talmud palestino* o de *Jerusalén* (*Yerushalmi*), el cual se terminó hacia el inicio del siglo V. La edición posterior y mucho más larga se conoce como el *Talmud babilónico* (o *Babli*), debido a que se forjó en las academias judías de Babilonia. (Había habido una población judía floreciente en Babilonia desde el exilio judeo de tiempos del Antiguo Testamento; muchos de los judíos que se establecieron allí no encontraron una buena razón para regresar.) El *Talmud babilónico* no se terminó hasta el siglo VI. Ambas ediciones contienen tratados de la *Misná* junto con comentarios y debates conocidos como las *Gemaras* («complemento»). Sin embargo, ni el *Talmud de Jerusalén* ni el *Talmud babilónico* se extienden en los sesenta y tres tratados de la *Misná*. De hecho, el *Talmud babilónico* habla de menos tratados que el de Jerusalén, pero es, no obstante, casi cuatro veces más largo. Esto se debe a la riqueza de material que contienen las *Gemaras*, incluyendo digresiones en la tradición y el folklore judíos sobre numerosos temas. El gran erudito judío Solomon Schechter señaló:

*Debido a esta facilidad de incluir a la fuerza todo lo que interesara a los compiladores y a los escribas, el Talmud casi pierde el carácter de una obra de divinidad y asume más el carácter de enciclopedia, reproduciendo el conocimiento de los rabinos durante los primeros cinco siglos sobre todos los temas posibles, ya fuesen seculares o religiosos.*¹⁸

Una edición completa del *Talmud babilónico* en hebreo y en inglés tiene treinta tomos.¹⁹

4. Midrashim

Mientras se formaban estas colecciones de la ley y las tradiciones judías, también se estaba produciendo otro tipo de literatura rabínica. Conocida como *Midrash* (en plural



Las áridas colinas de Qumrán. Las cuevas donde se hallaron los rollos del mar Muerto se pueden ver en estos peñascos.

Midrashim), ésta procura relacionar textos bíblicos con las enseñanzas de los rabinos en forma de un comentario versículo por versículo (o pasaje por pasaje). Las tres *Midrashim* más viejas datan del siglo II: *Mekhilta* (sobre parte del Éxodo), *Sifra* (sobre Levítico) y *Sifre* (sobre Deuteronomio y parte de Números). Algunas *Midrashim* posteriores incluyen *Bereshit Rabbah* (sobre Génesis) y *Bamidbar Rabbah* (sobre Números).

Edersheim sacó información de todos estos escritos posteriores a la *Misná* (la *Tosefta*, ambas ediciones del *Talmud* y todas las *Midrashim* que acabamos de mencionar), pero fue mucho más crítico en la manera de enfocarlos que en su enfoque de la *Misná*. Por tanto, al hacer referencia a las *Gemaras* del *Talmud de Jerusalén* y del *Talmud babilónico*, describió la confiabilidad del material como «altamente menoscabado, no solamente por el largo período de tiempo que había transcurrido, sino por predilecciones y prejuicios dogmáticos y por un deseo natural de encajar comparativamente opiniones, prácticas y oraciones recientes en los tiempos del templo». Esa precaución es completamente válida. Aunque parte del material auténticamente antiguo puede haber sobrevivido para incorporarse en estas obras recientes, lo más seguro es asumir que fue mínimo.

Edersheim y el judaísmo antiguo

Cabe aquí ofrecer cierta evaluación del tratamiento que hace Edersheim del judaísmo antiguo propiamente. A finales del siglo XIX (y en realidad durante gran parte del siglo XX), era común entre los eruditos cristianos describir el judaísmo de los tiempos de Jesús como una religión que había degenerado en formalismo vacío, lista para ser sustituida por la nueva fe del cristianismo. Como ejemplo de esta caricatura podríamos tomar la obra de F. W. Farrar titulada *The Life of Christ*, publicada en el mismo año en que se publicó *The Temple*.²⁰ En varios lugares del apéndice del libro, Farrar hace comentarios muy severos y que rechazan el judaísmo farisaico y rabínico: el debate de la Torá oral es «fatigosamente repulsivo», trata «asuntos aislantes y frívolos»; en el *Talmud* «abundan las contradicciones y los errores»; «no se puede concebir nada que carezca de tanta historicidad como el *Talmud*». Comparada

con esto, la crítica de Edersheim del *Talmud* citada anteriormente es sensata y compasiva.

Sin embargo, la propia descripción de Edersheim del judaísmo de primer siglo muestra que él no estaba libre en absoluto del prejuicio de su época: «su vida espiritual se extinguió bajo el peso del fariseísmo, la justicia por las obras y la servidumbre de la letra...»²¹ La erudición reciente nos ha proporcionado una evaluación del fariseísmo y de actitudes hacia la Torá oral en general mucho más compasiva. La Torá oral, preservada ahora en la *Misná* y en el *Talmud*, era un intento de aplicar la Torá escrita (los «cinco libros de Moisés», de Génesis a Deuteronomio) a situaciones específicas. Nunca fue (como se ha dicho a veces) elevada por encima de la Torá escrita, ni tampoco se volvió convencional ni se convirtió en una autoridad a ser obedecida estúpidamente. Los debates sobre cómo vivir a diario conforme a la Torá fueron un intento de mantenerla pertinente en un mundo cambiante. Ese era el objetivo de los fariseos antes de la crisis del año 70 d.C., y de los rabinos después de esa misma fecha. Para ellos, renunciar a esa tarea hubiese sido como abandonar el judaísmo.²²

Hay otro aspecto importante sobre el cual ha cambiado nuestra percepción del judaísmo en la época de Jesús. Es una consecuencia del descubrimiento de los rollos del mar Muerto en 1947. Algunas de las fuentes mencionadas anteriormente ya nos habían alertado en cuanto a la existencia de varios grupos dentro del judaísmo (tales como los fariseos, los saduceos y los esenios), pero teníamos una apreciación muy pobre de su verdadera diversidad. Los rollos del mar Muerto nos han proporcionado un discernimiento único de la manera de pensar y de las prácticas de uno de esos grupos, probablemente una rama de los esenios.²³ Este no es el lugar apropiado para esbozar las creencias esenias dadas a conocer por los rollos del mar Muerto. El grupo que produjo los rollos tenía claramente una actitud distintiva hacia el templo,²⁴ pero sus escritos no afectan mucho nuestra perspectiva de cómo se llevaba a cabo la adoración regular en el templo.

Los rollos del mar Muerto han estimulado a los eruditos a examinar de nuevo otra literatura judía que data de los siglos intertestamentarios, y ahora podemos reconocer más claramente las señales de diversidad

en ella. Ahora nos damos cuenta de que las diferencias entre los distintos grupos judíos podían ser bastante agudas, tanto, que algunos eruditos prefieren hablar de «judaísmos» florecientes en el período del segundo templo. Sin embargo, esto no quiere negar que los diferentes grupos sostenían creencias fundamentales importantes en común (como la centralidad de la Torá).

La contribución de la arqueología

Cuando Edersheim escribió, Jerusalén era una ciudad olvidada y desgastada del Imperio Otomano, la excavación arqueológica estaba en pañales, y lo que quedaba de los días de Jesucristo se conocía poco y era mal comprendido. En algunos lugares, los restos de la Jerusalén que Jesús conoció estaban enterrados debajo de 2.000 años de escombros acumulados; en otros lugares, donde sus ruinas quedaban por encima del nivel del suelo, se confundían por estar entremezclados con los escombros de siglos posteriores. Sin la pericia de hoy, que se ha ganado a pulso, los primeros arqueólogos estaban mal equipados para entender el rompecabezas enredado y tridimensional al que tenían que

hacer frente. No es nada sorprendente que sus interpretaciones a veces fuesen erróneas.

Uno de los primeros visitantes occidentales en hacer un estudio informado de Jerusalén fue el norteamericano Edward Robinson, profesor de literatura bíblica en el Union Theological Seminary de Nueva York. Robinson visitó Jerusalén durante sus viajes por toda Palestina en los años de 1830. Sólo pudo examinar el monte del templo desde afuera por su carácter sagrado; el *Haram esh-Sharif* (el santuario noble), como se conoce en árabe, es el tercer lugar más sagrado del Islam. Pero pronto se convenció de que la enorme meseta artificial era obra de Herodes el Grande, como lo describe Josefo. Robinson fue el primero en identificar correctamente una peculiaridad cerca del ángulo sudoeste del cercado; algunas piedras que se proyectan desde la pared occidental en un ángulo extraño habían recibido varias explicaciones de parte de los primeros visitantes, pero Robinson se dio cuenta de que eran ruinas de un enorme pasaje abovedado que una vez había sostenido una entrada al templo de Herodes. Esta peculiaridad todavía se conoce como el arco de Robinson.

Sin embargo, las observaciones de Robinson no resolvieron inmediatamente la

El arco de Robinson, ruinas del gran arco que sostenía una gran escalera desde el templo de Herodes.



pregunta de la fecha de la mampostería del vallado. Muchos siguieron creyendo que algunas secciones del *Haram esh-Sharif* habían sobrevivido de la estructura anterior construida por Salomón. Otro concepto erróneo común tenía que ver con la localización del monte de Sion, la ciudad de los tiempos de David y Salomón. Sabemos que ésta está inmediatamente al sur del monte del templo, en el espolón meridional de la colina oriental de Jerusalén. Pero una tradición que surgió entre los peregrinos cristianos del siglo iv la localizó en la colina occidental. Cuando Edersheim escribió, la arqueología no había progresado tanto como para corregir el error. Por lo tanto, Edersheim (junto con muchos otros) creía que el arco de Robinson había apoyado el extremo oriental de un puente largo que una vez se extendía por encima del valle de Tiropeón para unir el monte del templo con el «monte de Sion». Gracias a las excavaciones que se han realizado desde 1967, ahora sabemos que el arco de Robinson no apoyaba un puente sino una enorme escalera de piedras que daba la vuelta y formaba dos ángulos rectos a medida que descendía al valle. Ni aquí ni en ninguna otra parte del monte del templo se puede ver nada que sobreviva del templo original de Salomón. Si algo sobrevive de la época de Salomón quedó enterrado debajo de la colosal obra de Herodes y es inaccesible.

Nuestra comprensión de la Jerusalén herodiana y del monte del templo en particular aumentó grandemente con las exploraciones de Charles Wilson, las cuales comenzaron en 1864. Wilson era funcionario de *Royal Engineers* [Cuerpo Real de Ingenieros de Gran Bretaña], cuya tarea oficial era recorrer Jerusalén para preparar la instalación de un nuevo sistema fluvial. Pero esto involucraba un estudio del sistema existente, incluyendo un complejo de cisternas que se sabía estaba debajo del *Haram esh-Sharif*. Eso le dio a Wilson un acceso privilegiado al *Haram* y a sus estructuras subterráneas. Las notas y los planos minuciosos que hizo tienen todavía hoy un valor inmenso. Fuera del monte del templo, entre los descubrimientos de Wilson estaban también las ruinas de otro arco antiguo que salía de la pared occidental; igual al arco de Robinson pero más al norte, ahora se sabe que soportaba un puente que iba desde la colina occidental (la ciudad alta de la Jerusalén de primer siglo), cruzando el valle de

Tiropeón, hasta el monte del templo. Más tarde se conoció como el arco de Wilson.

A la obra de Wilson le siguió la de Charles Warren, otro oficial del cuerpo de ingenieros que llegó a Jerusalén en 1867. Por medio de pozos y galerías, Warren examinó secciones enterradas de las paredes externas del *Haram*. Descubrió que en la esquina suroriental, donde la pared se levantaba unos 24 metros (80 pies) por encima del suelo, la mampostería se extendía otros 30 metros (100 pies) por debajo. Y era el mismo tipo de mampostería (bien hecha, con márgenes nítidos) que se podía ver por encima del suelo en otras partes del *Haram*. Esta era una fuerte evidencia de que la plataforma era obra de Herodes hasta sus mismos cimientos.

Las exploraciones subterráneas de Warren también revelaron otra entrada al monte del templo en el lado occidental, a un nivel más bajo que los del arco de Wilson y el arco de Robinson. Conocida como la puerta de Warren, ahora está sellada con concreto, y sólo se puede ver entrando por un túnel (construido desde 1967) que va hacia el norte junto a la pared occidental desde el arco de Wilson. Más al sur, en la misma pared, se levanta una estructura similar conocida como la puerta de Barclay, porque el primero en reconocerla fue el arquitecto y explorador inglés del siglo xix J. T. Barclay. Bloqueada con piedras, su dintel y contorno son parcialmente visibles en el extremo sur del lugar de oración judío del Muro Occidental (antes conocido como el Muro de las Lamentaciones). Las excavaciones de Warren en otros lugares de Jerusalén contribuyeron mucho a establecer los límites de la ciudad en tiempos bíblicos, aunque la fecha e identificación de algunos hallazgos en particular sigue siendo un asunto del azar.

Edersheim disponía de las publicaciones de Robinson, Barclay, Wilson y Warren, y obviamente las usó mucho. Además pudo consultar los informes de las obras que se estaban llevando a cabo en la revista trimestral *Quarterly Statement* del Fondo para la Exploración de Palestina (fundado en Londres en 1865). Por ejemplo, fue de esa fuente (que más tarde se convirtió en la revista *Palestine Exploration Quarterly*) que Edersheim se enteró del descubrimiento de Monsieur C. Clermont-Ganneau, en 1871, de una lápida²⁵ grabada del templo de Herodes. El señor Clermont-Ganneau se dio cuenta inmediatamente de que ese letrero había sido fijado una

vez a la pared que separaba el atrio de los gentiles de los atrios interiores del templo; su inscripción griega advertía a los gentiles a esperar la muerte si cruzaban la barrera. El descubrimiento confirmó una declaración de Josefo y además arrojó luz sobre un incidente del Nuevo Testamento, debido al reglamento estricto que había detrás de la protesta que se desató cuando se sospechó que Pablo había introducido en el templo a Trófimo el efesio (Hch. 21:27-32).

Como resultado de continuas excavaciones y descubrimientos, particularmente desde la reunificación de Jerusalén, nuestra comprensión de la ciudad que Jesús conoció se ha revolucionado. Esta Introducción no es el sitio apropiado para actualizar la descripción de la Jerusalén de primer siglo de Edersheim, pero podemos mencionar algunos de los descubrimientos más importantes.

Como ya hemos señalado, la Jerusalén del primer siglo era, en gran medida, creación de Herodes el Grande. Herodes construyó muchos edificios hermosos además del monte del templo y el templo. Su propio palacio no ocupaba, como pensaba Edersheim, ni siquiera «el ángulo noroccidental del monte de Sion»²⁶ (esto es, la colina occidental, la cual se pensaba erróneamente que era la fortaleza de David), sino que se extendía unos 400 metros (1.300 pies) a lo largo del lado occidental de la ciudad alta, un impresionante complejo de torres, columnatas, jardines y apartamentos. Hoy sabemos que la torre Antonia no debe concebirse como algo distinto del «castillo del mismo nombre»;²⁷ la torre Antonia (construida por Herodes y a la que se le puso ese nombre por Marco Antonio), se levantaba en la esquina noroccidental del monte del templo y estaba conectada con el atrio de los gentiles por una serie de escalones. En el primer siglo, contenía la fortaleza que se menciona en Hechos 21:33ss. Tenía cuatro torres, una más alta que las demás, y aunque se levantaba imponentemente, cubría un área mucho menor de lo que una vez se supuso.

Edersheim escribe confusamente acerca de un monte Acra, el cual coloca en el lado nororiental de la ciudad.²⁸ El Acra (o Akra) era una fortaleza construida alrededor del año 186 a.C. cuando Jerusalén estaba bajo el dominio del Imperio Seléucida. Su localización exacta todavía se debate, pero es casi seguro que se levantaba en la colina oriental, inmediatamente al sur de la



Monedas de Herodes el Grande, 40—4 a.C.

plataforma menor del templo, la cual existía en el segundo siglo a.C. La fortaleza fue desmantelada en el año 141 a.C., y cuando Herodes agrandó el templo, el monte se tragó posteriormente el sitio donde estaba.

Edersheim estaba en lo cierto cuando mencionó a Ofel como el saliente de la colina oriental en el lado meridional del templo de Herodes, pero se equivocó cuando lo describió como «el activo suburbio de los sacerdotes».²⁹ Las habitaciones de los sacerdotes de primer siglo están representadas, casi con toda certeza, por las casas palaciegas excavadas en los años de 1970 por Nahman Avigad en la ladera que da al este de la colina occidental.³⁰ Por lo tanto, Edersheim probablemente estaba en lo cierto cuando colocó «el palacio del sumo sacerdote» en esta última área (esto es, en el «monte Sion», llamado así incorrectamente),³¹ aunque la localización precisa sigue sin conocerse. (Hay dos tradiciones rivales respecto al sitio de la casa de Caifás que se menciona en los evangelios; ambos lugares quedan en la colina occidental y ambos tienen cierta credibilidad arqueológica.)

La línea precisa de la pared norte de Jerusalén en el tiempo de Jesús es todavía tema de disputa. El debate tiene que ver con cuáles de las ruinas que se han excavado se deben identificar con la «segunda pared» de la descripción de Josefo, lo cual es demasiado complejo como para discutirlo aquí. Sin embargo, vale la pena mencionar que la posición de la segunda pared ha sido esclarecida en parte por excavaciones recientes hechas debajo de la Iglesia del Santo Sepulcro; esa área estaba definitivamente fuera de las murallas de Jerusalén en el tiempo de Jesús, y hay razones muy poderosas para creer que es el sitio auténtico de su crucifixión, entierro y resurrección.³²

La Jerusalén herodiana estaba dominada, indudablemente, por el monte del templo, y las excavaciones han hecho que apreciemos mucho más los logros de Herodes. Herodes agrandó la vieja plataforma del templo del período postexílico construyendo el norte, el sur y el oeste. Se construyeron muros de contención para cercar el área mayor, y por encima de las laderas de la colina oriental se extendió una nueva plataforma. Hacia el sudoeste, esto en parte significaba llenar parcialmente el valle de Tiropeón.

La pared oriental de la plataforma del templo viejo siguió usándose y apenas se extendía hacia el norte y hacia el sur. Esto significa que parte de la mampostería aquí es de antes de Herodes. Sin embargo, Edersheim se equivocó cuando pensó que esta pared y el pórtico (el pórtico de Salomón), el cual se levantaba por encima de ella, eran fragmentos del templo construido por Salomón.³³ La mampostería más antigua en la parte oriental probablemente data de la época de reconstrucción del templo y las paredes de Jerusalén en los siglos VI y V a.C.; parte de ella data del siglo II a.C. Las mampuestas superiores y el pórtico (el cual desapareció hace mucho tiempo), pertenecían a los anexos de Herodes.

El resultado del agrandamiento que hizo Herodes de la plataforma del templo fue una meseta artificial pavimentada, más o menos de forma rectangular y de doble tamaño que su antecesora. La pared occidental era la más larga, de unos 485 metros (1.590 pies); la pared oriental era ligeramente más corta, medía 468 metros (1.536 pies); la pared del norte medía 315 metros (1.035 pies) de largo, y la pared del sur era la más corta, de sólo 278 metros (912 pies). El monte del templo de

Herodes era la estructura más grande de su clase en el mundo antiguo, con un área de casi 59 hectáreas (145 acres), lo suficientemente grande como para contener veinticuatro campos de fútbol.³⁴

En el lado oeste estaban las cuatro puertas que mencionamos antes. Las que estaban cubiertas por el arco de Wilson y el arco de Robinson abrían directamente al atrio de los gentiles; las puertas que hoy llevan los nombres de Warren y Barclay se levantaban en el nivel más bajo y daban acceso a pasajes subterráneos desde donde subían escalones. En la pared meridional había dos entradas, conocidas como la puerta doble y la puerta triple. A ellas se llegaba por una escalera ancha y monumental de treinta peldaños, la que ahora ha quedado al descubierto por las excavaciones. Dichas entradas daban a un área de cámaras subterráneas que todavía sobreviven hoy, y una escalinata interna daba acceso de allí al atrio de los gentiles. Puede que no haya habido puertas en el lado norte, aparte de los peldaños que conducían a la fortaleza Antonia. La *Misná* se refiere a una puerta septentrional llamada la puerta Tadi (o Tedi), de la cual dice que no tenía propósito alguno, y probablemente se trataba de una puerta vieja de la plataforma del templo original, la cual quedó obsoleta después del agrandamiento de Herodes. Aún se debate la posición (en realidad la existencia) de una puerta en la pared oriental. Los visitantes que se acercaban al templo desde el monte de los Olivos probablemente tenían que llegar hasta las puertas del sur. En realidad, esas eran probablemente las entradas principales, porque las excavaciones han revelado que junto a la escalinata exterior se levantaba un complejo de baños para la purificación ritual.

El atrio de los gentiles estaba rodeado de hermosos pórticos, el más impresionante de los cuales era el que estaba junto al lado sur. Éste era el pórtico real o estilóbato, en realidad un corredor largo con una nave central. El techo de esta nave central era de aproximadamente 32 metros (105 pies) de alto, a juzgar por la información que suministra Josefo. Puesto que la pared meridional de la plataforma misma probablemente se levantaba unos 30 metros (98 pies) por encima del nivel del suelo, la nave del pórtico real que se levantaba por encima de ella debe haber hecho que el monte del templo fuese enormemente imponente



La Iglesia del Santo Sepulcro, aceptada hoy día en general como el lugar donde crucificaron a Jesús.

cuando se veía desde el sur. Hoy día se piensa por lo general que el pórtico real era donde estaban los cambistas de dinero que Jesús volcó, y un ábside que quedaba en el extremo oriental era probablemente el lugar de reunión del sanedrín.

La arqueología no puede ayudarnos a reconstruir directamente el templo mismo. Para eso tenemos que confiar en los escritos de Josefo y en el tratado *Middot* de la *Misná*. Sin embargo, se han recogido algunas claves respecto a su aparición de algunas monedas acuñadas durante la segunda revuelta judía contra Roma (132—135 d.C.), las cuales muestran cómo se recordaba la apariencia de la entrada al templo. Hay cierto desacuerdo en cuanto a cómo deberían interpretarse los detalles (incluso sobre si describen la fachada exterior o el portal interior), pero esos detalles se han usado ingeniosamente en reconstrucciones recientes.³⁵

El templo y la tipología

Por último debemos hablar un poco sobre el uso que hizo Edersheim de un enfoque al Antiguo Testamento y a la adoración del templo

conocido como tipología. Este enfoque no se usa ampliamente hoy (aunque ha habido cada vez más señales de un renovado interés en él en décadas recientes³⁶) y se presta a malos entendidos.

El término «tipología» se ha usado mal a veces para describir varias formas elaboradas de interpretación bíblica que se describirían mejor como alegoría o simbolismo. Cuando los acontecimientos, las cosas o los personajes bíblicos se tratan como alegoría, se asume que realmente representan otra cosa; para poder llegar a esta «otra cosa», el texto debe ser descifrado hasta llegar al «verdadero significado». Para dar un ejemplo, el cordón escarlata que se dice Rahab la ramera ató a su ventana en Josué 2:18, y que le permitió a los israelitas librarla a ella y a su familia cuando Jericó fue destruida (Jos. 6:22-25), se ha interpretado alegóricamente como la sangre (esto es, la muerte) de Cristo, por la cual los pecadores son salvos por medio de la fe. Por tanto, la historia de Rahab se convierte en el evangelio del Nuevo Testamento codificado en el Antiguo.

La iglesia primitiva usaba libremente tanto la alegoría como la tipología, lo cual resultó

ser clave para descubrir referencias a la doctrina cristiana y a los sacramentos de la iglesia en el Antiguo Testamento, y a veces la línea divisoria entre los dos enfoques era difusa. Sin embargo, tipología y alegoría no son lo mismo. Cuando se controla adecuadamente, la tipología depende del reconocimiento de los acontecimientos, la gente o las instituciones en el Antiguo Testamento que corresponden en cierta forma a ciertos acontecimientos, personas o instituciones en el Nuevo. Los primeros se ven como figura o presagio de lo segundo, proveyendo un patrón al cual lo segundo se conforma hasta cierto punto. El patrón del Antiguo Testamento se conoce como *tipo*, y su contraparte neotestamentaria es el *antitipo*; estos son términos griegos usados en el Nuevo Testamento (Ro. 5:14; 1 P. 3:21).

La tipología depende de la hipótesis razonable de que Dios es consecuente en sus tratos con el mundo y con su pueblo, de tal manera que los acontecimientos en la historia del pueblo de Dios se corresponderán mutuamente en formas que no son extravagantes ni triviales, sino reales y fundamentales. Esto es absolutamente cierto en la división entre el Nuevo y el Antiguo Testamento, a pesar de la obra radicalmente nueva de Dios en la encarnación, muerte y resurrección de Cristo. Como hemos señalado antes, la tipología es un enfoque empleado por los mismos escritores del Nuevo Testamento. Sin embargo, los ejemplos no se limitan a los pocos lugares donde se usan los términos «tipo» y «antitipo». La cita que hace Mateo de Oseas 11:1 («De Egipto llamé a mi Hijo») en Mateo 2:15 es tipológica, puesto que las palabras citadas del profeta no son una predicción sino una referencia que se remonta al éxodo; el uso extendido de temas sacerdotales y sacrificiales en la Epístola a los Hebreos ofrece otros ejemplos. Puesto que la obra salvadora de Dios en Cristo se ve como superior a su provisión en el Antiguo Testamento, el tipo se retrata como inferior a su antitipo, una mera sombra de lo que ha de venir (p. ej., He. 9:23, 24).

Es en este espíritu que Edersheim se refiere a los sacrificios y festivales del templo como tipos. Por eso describe un rito que no sólo tiene una significación propia, sino que también «señala a una realidad futura», como tipo.³⁷ La realidad futura es, por supuesto, la vida, la muerte expiatoria de Cristo y su

resurrección. Pero la tipología da mucho lugar a la subjetividad, y Edersheim reconoce en su prefacio que algunos lectores podrían objetar a sus interpretaciones específicas de los tipos. A veces su interpretación de una ceremonia del templo parece en realidad extravagante, como cuando habla del «derramamiento del agua» en la fiesta de los tabernáculos en el Capítulo 14. La aplicación de la tipología a peculiaridades que no se dan en el Antiguo Testamento naturalmente coloca el método fuera de sus controles habituales e invita una especulación aún mayor. Pero de una manera general, Edersheim permanece fiel a un enfoque ilustrado en la Epístola a los Hebreos.

Aunque Edersheim expresó muchas opiniones que eran claramente suyas propias, su principal contribución en *El templo* no consistió en una investigación académica pionera. En gran medida (como él mismo reconoce) estaba sintetizando y popularizando la obra de otros, poniendo los frutos de la erudición al alcance de un público más amplio. A pesar de su antigüedad y de alguna extravagancia ocasional, su libro sigue siendo un logro notable en ese sentido, un valioso compendio que ayuda a cerrar la brecha cultural entre el mundo moderno occidental y el mundo del templo.

JOHN J. BIMSON

Marzo de 1995

Notas

1. Editorial Portavoz publica *Josefo: Los escritos esenciales* (1992) y *Josefo: Las obras esenciales* (1994). En éstas se incluyen tanto *Las guerras de los judíos* como las *Antigüedades de los judíos*. (Nota del editor.)
2. Kregel Publications publica *The Complete Works of Josephus* (1960). En esta obra se incluyen, además de *Wars of the Jews* y *Antiquities of the Jews*, las obras *Vita* y *Against Apion*. (Nota del editor.)
3. E. P. Sanders, *Judaism: Practice and Belief 63 BCE—66 CE* (Londres: SCM, 1992), p. 60.
4. Véanse las páginas 144 y 151, n. 7.
5. Sanders, *Judaism*, pp. 126–128.
6. E. M. Smallwood, “Philo and Josephus as Historians of the Same Events”, en L. H.

- Feldman y G. Hata, eds., *Josephus, Judaism and Christianity* (Detroit: Wayne State University, 1987), pp. 114–129.
7. Para esta opinión véase P. Borgen, “Philo of Alexandria” en M. E. Stone, ed., *Jewish Writings of the Second Temple Period* (Filadelfia: Fortress Press, 1984), pp. 233–282, especialmente las pp. 257–259; compárese con Sanders, *Judaism*, p. 104.
8. J. Neusner, *The Mishnah: A New Translation* (New Haven/Londres: Yale University Press, 1988).
9. J. Neusner, *Judaism: The Evidence of the Mishnah* (Chicago: University of Chicago Press), 1981.
10. Sanders, *Judaism*, pp. 103–104.
11. Véanse las pp. 157–158.
12. Véase la p. 154.
13. Véase Baruch M. Bokser, *The Origin of the Seder* (Berkeley: University of California, 1984), o el popular tratado de Bokser “Was the Last Supper a Passover Seder?”, *Bible Review* 3/2, 1987, pp. 24–33 y las referencias allí contenidas.
14. Sanders, *Judaism*, pp. 59–60.
15. L. Ritmeyer, “Locating the Original Temple Mount,” *Biblical Archaeology Review* 18/2, 1992, pp. 24–45.
16. Véase J. Patrich, “Reconstructing the Magnificent Temple Herod Built,” en H. Shanks y D. P. Cole, eds., *Archaeology and the Bible, 2: Archaeology in the World of Herod, Jesus and Paul*, Biblical Archaeology Society, Washington DC, 1990, pp. 64–77, esp. no. 1.
17. Sanders, *Judaism*, pp. 60–61.
18. S. Schechter, “Talmud,” in J. Hastings, ed., *A Dictionary of the Bible*, tomo extra, (Edimburgo: T. & T. Clark, 1904), pp. 57–66 (cita de la p. 65).
19. I. Epstein et al, eds., *Hebrew-English Edition of the Babylonian Talmud* (Londres: Soncino Press, 1983–1990).
20. F. W. Farrer, *The Life of Christ* (Londres: Cassell, 1874).
21. Esto se halla en una nota al pie de página en el prefacio de la segunda edición de *The Temple*.
22. Véase, por ejemplo, N. T. Wright, *The New Testament and the People of God* (Londres: SPCK, 1992), pp. 147–338, especialmente las pp. 181–203, 227–230; Sanders, *Judaism*, pp. 413–451.
23. No obstante, hay una escuela de pensamiento cada vez mayor que afirma que los rollos no son (o al menos no exclusivamente) textos esenios; véase M. O. Wise, “Dead Sea Scrolls,” en J. B. Green y S. McKnight, eds., *Dictionary of Jesus and the Gospels* (Leicester: IVP, 1992), pp. 137–146. Pero actualmente, la mayoría de los eruditos sigue pensando que hay una conexión con los esenios.
24. Yigael Yadin, *The Temple Scroll* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1985), especialmente las pp. 249ss.
25. Edersheim menciona la lápida en las páginas 98–99. Sin embargo, no fue hallada debajo de las ruinas del monte del templo mismo, como implica Edersheim, sino cerca de un cementerio musulmán.
26. Véase la p. 28.
27. Véanse las páginas 28, 30.
28. Véanse las pp. 25, 27, 28.
29. Véase la página 29.
30. Nahman Avigad, *Discovering Jerusalem* (Nueva York: Nelson, 1983), pp. 120–150.
31. Véanse las pp. 28–29.
32. Véase la más reciente publicación de S. Gibson y J. E. Taylor, *Beneath the Church of the Holy Sepulchre, Jerusalem* (Londres: Palestine Exploration Fund, 1994), pp. 51–63.
33. Véase la p. 38.
34. Sus dimensiones eran, por tanto, algo mayor que las descritas por Edersheim (p. 32).
35. Véase la n. 16.
36. Véase B. McNeil, “Typology,” in R. Coggins y J. L. Houlden, eds., *A Dictionary of Biblical Interpretation* (Londres: SCM, 1990), pp. 713–714; D. L. Baker, *Two Testaments, One Bible*, ed. rev. (Leicester: Apolos, 1991), pp. 179–202.
37. Véase la p. 78.

Otra obra sobre el mismo tema

Robert Backhouse, *Manual Portavoz del templo judío* (Grand Rapids: Editorial Portavoz, 1996). (Obra con ilustraciones y fotografías a todo color.)

Jerusalén desde
el monte de los
Olivos. Los muros
de la ciudad y el
monte del templo,
dominados hoy
día por la Cúpula
de la Roca, se ven
claramente.



Capítulo 1

UNA PRIMERA PERSPECTIVA DE JERUSALÉN Y DEL TEMPLO

«Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella» (Lucas 19:41).

El encanto de Jerusalén

En todos los tiempos, la memoria de Jerusalén ha evocado los más profundos sentimientos. Judíos, cristianos y mahometanos se vuelven hacia ella con reverente afecto. Casi parece como si en algún sentido cada uno de ellos pudiera llamarla su «feliz hogar», el «nombre siempre entrañable» para él. Porque nuestros más santos pensamientos del pasado y nuestras más dichosas esperanzas para el futuro se conectan con la «ciudad de nuestro Dios». Sabemos por muchos pasajes del Antiguo Testamento, pero especialmente por el Libro de los Salmos, con qué ardiente anhelo miraban hacia ella los cautivos de Palestina; y durante los largos siglos de dispersión y de cruel persecución hasta el día de hoy, han ido abrigando las mismas aspiraciones en casi cada uno de los servicios de la sinagoga, y en ninguno de ellos con mayor intensidad que en el de la noche pascual, que para nosotros queda para siempre asociada con la muerte de nuestro Salvador. Es esta singular magna presencia allí de «el Deseado de todas las naciones» que ha arrojado para siempre una luz santa alrededor de Jerusalén y del templo, y dado cumplimiento a la profecía: «Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová» (Is. 2:3). Sus pies han pisado las multitudinarias calles de Jerusalén y los rincones sombreados del monte de los Olivos; su figura ha «llenado de gloria» el templo y sus servicios; su persona ha dado significado a la tierra y al pueblo; y la muerte que Él sufrió en Jerusalén ha sido para la vida de todas las naciones. Estos hechos nunca pueden quedar relegados al pasado: están eternamente presentes; no sólo para nuestra fe, sino también para nuestra esperanza; porque Él «vendrá así» como los «varones de Galilea» lo habían «visto ir al cielo» (cp. Hch. 1:11).

Antiguas memorias

Pero nuestros memorias de Jerusalén se remontan mucho más atrás de estas escenas. En la distancia de la remota antigüedad leemos de Melquisedec, el tipológico rey y sacerdote de Salem, que salió al encuentro de Abraham, el padre de la raza hebrea, para bendecirlo. Poco tiempo después, este mismo Abraham subía de Hebrón en su triste viaje, para ofrecer a su hijo único. A pocos kilómetros al sur de la ciudad, el camino por el que viajaba asciende hasta la cumbre de un alto promontorio, que se precipita hacia el profundo valle del Cedrón. Desde este lugar, a través de la abertura en los montes que el Cedrón había abierto para su curso, se levantaba derecho delante de él un accidente. Era *Moriah*, el monte sobre el que debía ofrecerse el sacrificio de Isaac. Y aquí tiempo después edificó Salomón el templo. Porque sobre el monte Moriah había visto David

detenida la mano del ángel destructor, probablemente justo por encima de donde después se levantaría el humo de incontables sacrificios, día a día, desde el gran altar del holocausto. En el monte de enfrente, Sion, separado sólo por una barranca de Moriah, se levantaba la ciudad y el palacio de David, y cerca del emplazamiento del templo la torre de David. Después de aquel período pasa delante de nuestra vista un período histórico de continuos cambios, con este solo elemento inmutable: que, en medio de todos los cambiantes acontecimientos, Jerusalén permanece siendo el centro de interés y atracción, hasta que llegamos a aquella presencia que ha hecho de ella, incluso en su desolación, «Hefzi-bá», «buscada», «una ciudad no desamparada» (Is. 62:4).

Origen del nombre

Los rabinos tienen una curiosa fantasía acerca del origen del nombre de Jerusalén, al que frecuentemente se asigna el sentido de «el fundamento», «la morada» o «la herencia de paz». Hacen de él un compuesto de *Jireh* y *Shalem*, y dicen que Abraham la llamó «Jehová-Jireh», mientras que Sem la había llamado *Shalem*, pero que Dios combinó ambos nombres para formar *Jireh-Shalem*, *Jerushalaim*, o Jerusalén. Había desde luego algo peculiar en la elección de Palestina como país del pueblo escogido, así como de Jerusalén como su capital. La importancia política de la tierra se debe juzgar por su situación más que por su tamaño. Yaciendo en medio del este y del oeste y situada entre las grandes monarquías militares, primero Egipto y Asiria, y luego Roma y Oriente, vino a ser naturalmente el campo de batalla de las naciones y la carretera del mundo. Por lo que a Jerusalén respecta, su situación es única. Situada a una altitud de 796 metros (2.610 pies) sobre el nivel del mar, su clima era más sano, uniforme y templado que el de cualquier otra parte del país. Desde la cumbre del monte de los Olivos se podía ver una perspectiva sin paralelo de las localidades más interesantes de la tierra. Al este el ojo seguía las llanuras intermedias hasta Jericó, observaba los meandros del Jordán, y el gris plomo del mar Muerto, reposando finalmente sobre Pisgá y los montes de Moab y Amón. Al sur, se podía ver por encima de «los huertos del rey» hasta alcanzar las grises cumbres de «el país montañoso de Judea». Hacia occidente, la vista quedaba detenida por los montes de *Beter* (Cnt. 2:17), mientras que la neblina en el distante horizonte marcaba la línea del Gran Mar. Hacia el norte se podían ver localidades tan bien conocidas como Mizpá, Gabaón, Ajalón, Micmás, Ramá y Anatot. Pero por encima de todo, justo a los pies, la Santa Ciudad se extendía en toda su magnificencia como «una novia adornada para su marido».

La situación de Jerusalén

«Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el monte de Sion, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey. Andad alrededor de Sion, y rodeadla; contad sus torres, considerad atentamente su antemuro, mirad sus palacios....»¹ Si esto podía decirse de Jerusalén en los tiempos más humildes de su monarquía nativa, era una cosa enfáticamente cierta en los tiempos en que Jesús «vio la ciudad», después que Herodes el Grande la hubiera adornado con su usual magnificencia. Al «subir» los grupos de peregrinos de todas partes del país a las grandes fiestas, deben haberse detenido arrebatados cuando su hermosura se presentaba por primera vez ante sus miradas.² No eran meramente las memorias del pasado ni las sagradas asociaciones conectadas con el presente, sino que la misma grandeza de la escena debe haber encendido sus corazones de entusiasmo. Porque Jerusalén era una ciudad de palacios y regiamente entronizada como ninguna otra. Situada en una eminencia más elevada que el territorio vecino inmediato, quedaba aislada por profundos valles en todos los lados menos uno, dándole la apariencia de una inmensa fortaleza natural. A todo alrededor de ella en estos tres lados corrían, como un



La vieja ciudad de Jerusalén desde el monte de los Olivos; el monte del templo se ve claramente.

foso natural, las profundas barrancas del valle de Hinom y del valle Negro, o Cedrón, que se unían al sur de la ciudad, descendiendo con una pendiente tan acusada que el punto donde los dos se encuentran está a 204 (670 pies) metros por debajo del punto en el que cada uno de ellos había comenzado. Sólo al noroeste estaba la ciudad conectada directamente con el resto del territorio. Y como para darle más aún el carácter de una serie de islas fortificadas, una profunda grieta natural, el valle de Tiropeón, pasaba justo por medio de la ciudad en dirección norte-sur, luego giraba repentinamente hacia el oeste, separando el monte Sion del monte Acra. De manera similar, el monte Acra estaba separado del monte Moriah, y este último a su vez por un valle artificial de Bezetha, o ciudad nueva. Bruscamente desde estas barrancas alrededor se levantaba enhiesta la ciudad de palacios de mármol y recubiertos de cedro. Pendiente arriba de aquella grieta central, abajo en el valle, y por las laderas de los montes se extendía la activa ciudad, con sus calles, mercados y bazares. Pero solo y aislado en su grandeza se levantaba el monte del templo. Terraza tras terraza se levantaban sus atrios, hasta que, muy por encima de la ciudad, dentro del recinto de claustros de mármol, con techumbre de cedro y ricas ornamentaciones, se levantaba el templo mismo fuera de una masa de niveo mármol y oro, resplandeciendo en la luz del sol contra el trasfondo verde del monte de los Olivos. En todas sus peregrinaciones, el judío no había visto una ciudad como su propia Jerusalén. Ni Antioquía en Asia, y ni aún la misma Roma imperial la superaban en esplendor arquitectónico. Ni ha habido jamás, ni en tiempos antiguos ni modernos, un edificio sagrado igual al templo, ni por su situación ni por su magnificencia; tampoco ha habido multitudes festivas como aquellos gozosos centenares de miles que, con sus himnos de alabanza, se dirigían multitudinariamente hacia la ciudad en la víspera de una Pascua. No es de asombrarse que brotara este cántico de los labios de aquellos peregrinos:

*«Nuestros pies estuvieron
dentro de tus puertas, oh Jerusalén.
Jerusalén, que se ha edificado
Como una ciudad que está bien unida entre sí (Salmo 122:2, 3).»³*

Desde cualquier lado que el peregrino se aproximara a la ciudad, la primera impresión tiene que haber sido solemne y profunda. Pero una sorpresa especial les esperaba a los que vinieran, tanto de Jericó como de Galilea, por la bien conocida ruta que llevaba sobre el monte de los Olivos. Desde el sur, más allá de la regia Belén, desde el oeste descendiendo de las alturas de Bet-horón, o desde el norte viajando por los montes de Efraín, habrían visto la ciudad primero de manera vaga en la gris distancia, hasta que, llegando gradualmente, se habrían familiarizado con su perfil. Pero era muy distinto desde oriente. Una curva en el camino, y la ciudad, hasta entonces enteramente oculta a la vista, se abría ante ellos repentinamente, cerca, y desde una perspectiva de lo más favorable. Fue por este camino que hizo Jesús su entrada triunfal desde Betania en la semana de su Pasión.⁴ Desde aquella «casa de dátiles», el ancho y accidentado camino iba serpenteando alrededor de la ladera del Olivete. Allí lo siguió la maravillada multitud desde Betania, y allí se encontró con Él la multitud de Jerusalén que lo alababa. Ellos habían subido aquel mismo Olivete, tan conocido por todos ellos. Porque ¿no parecía acaso formar parte de la misma ciudad, ocultándola, como una pantalla, de la desértica tierra que descendía más allá al Jordán y al mar Muerto?

El monte de los Olivos

Desde el monte del templo hasta la base occidental del Olivete no había más de 100 ó 200 metros (328 a 656) pies) a vuelo de pájaro, aunque, naturalmente, la distancia a la cumbre era mucho mayor, digamos de alrededor de 800 metros (2.625 pies). Por el camino más directo había sólo unos 839 metros (2.753 pies), desde la puerta de la ciudad hasta la cumbre principal.⁵ El Olivete era siempre fresco y verde, incluso a principios de primavera y durante el reseco verano: el lugar más fresco, placentero y protegido en Jerusalén. Porque a lo largo de este camino, el templo y su monte arrojaban sus anchurosas sombras, y un frondoso follaje extendía su bóveda por encima de las cabezas. No había jardines en el sentido occidental normal del término, ni mucho menos arboledas, sino algo peculiar de aquellos climas, en los que la naturaleza por todas partes otorga generosamente sus flores y dispone sus jardines, donde los jardines se unen a la arboleda, y la arboleda se extiende hacia dentro del campo, hasta que, más arriba, olivos e higueras se mezclan con los más oscuros cipreses y pinos. El rocoso camino al Olivete iba serpenteando a lo largo de terrazas cubiertas de olivos, cuyas hojas plateadas y verdeoscuros murmuraban en la brisa. Aquí, gigantescas y nudosas higueras salían retorcidas de un terreno rocoso; allá grupos de palmeras levantaban sus altos troncos coronados de ondulantes palmas, o, extendidos, como matojos, desde el suelo, con el ricamente coloreado fruto estallando en racimos de la vaina. Luego había bosquecillos de arrayán, pinos, altos y majestuosos cipreses, y en la misma cumbre dos gigantescos cedros. A estos umbrosos rincones acudía frecuentemente la gente de Jerusalén para disfrutar o para meditar, y ahí solía acudir preferentemente uno de sus más célebres rabinos para enseñar.⁶ También allí acudían frecuentemente Cristo y sus discípulos.

Llegando de Betania, la ciudad permanecía durante un tiempo totalmente oculta a la vista por la serranía del Olivete. Pero después de seguir una repentina curva del camino, donde comienza «el descenso del monte de los Olivos», se consigue repentinamente la primera vista de Jerusalén, y además muy cercana. Ciertamente, la configuración del Olivete

a la derecha seguiría ocultando todavía el templo y la mayor parte de la ciudad; pero a través del Ofel, el activo suburbio de los sacerdotes, se podía alcanzar a ver el monte Sion y ascender rápidamente a su cumbre, donde el palacio de Herodes ocupaba el emplazamiento en que antes se levantaba el de David. Después de unos cuantos pasos en el descenso, donde se había vuelto a perder de vista la ciudad, el peregrino se apresuraba a llegar a aquella plataforma de piedra. ¡Qué panorama para deleitarse con hambriento anhelo! De un solo vistazo vería delante de sí toda la ciudad: sus valles y colinas, sus murallas y torres, sus palacios y calles, y su magnífico templo, casi como una visión de otro mundo. No podría haber ninguna dificultad para señalar las características generales de esta escena. En total la ciudad tenía sólo treinta y tres estadios, o alrededor de 6,5 kilómetros de perímetro (unas 4 millas). Dentro de su área vivía una población de 600.000 habitantes (según Tácito), pero, según el historiador judío, para la época de la Pascua se acumulaban entre dos y tres millones.⁷

Las murallas

El primer rasgo en llamar la atención serían las murallas de la ciudad, que en época de Cristo eran sólo dos.⁸ La primera, la muralla vieja, comenzaba en la esquina noroccidental de Sion, en la torre de *Hippicus*, y pasaba a lo largo de la cresta de Sion, donde cerraba la grieta, y confluía con la columnata occidental del templo en la «Casa del Consejo». También encerraba Sion a lo largo del oeste y del sur y proseguía al este alrededor del Ofel, hasta que se unía al ángulo suroccidental del templo. Así, la primera muralla defendería Sion, Ofel, y, junto con las murallas del templo, también Moriah. La segunda muralla, que comenzaba en una puerta en la primera muralla, llamada «Gennath», se dirigía primero al norte y luego al este, para cerrar el Acra, y acababa en la torre Antonia. Así tenían suficiente protección la ciudad antigua y el templo.

Una vista desde el monte de los Olivos; Getsemaní está situado en las laderas más bajas.



La torre Antonia

La torre Antonia estaba situada en la esquina noroccidental del templo, a mitad de camino entre el castillo del mismo nombre y el templo. Con el castillo se comunicaba mediante un doble juego de claustros y con el templo mediante un paso subterráneo que iba al templo mismo, y también mediante claustros y escaleras que descendían a los pórticos norte y oeste del atrio de los gentiles. Algunas de las más gloriosas tradiciones de la historia judía estaban relacionadas con este castillo, porque ahí había estado la antigua «armería de David», el palacio de Ezequías y de Nehemías, y la fortaleza de los macabeos. Pero en tiempos de Cristo, la fortaleza Antonia estaba ocupada por una odiada guarnición romana que mantenía vigilancia sobre Israel, incluso en su santuario. De hecho, la torre Antonia se levantaba sobre el templo, dominándolo, de manera que un destacamento de soldados podía acudir en cualquier momento para acabar con un motín, como en la ocasión en que los judíos casi dieron muerte a Pablo (Hch. 21:31). Las murallas de la ciudad tenían una protección adicional mediante torres; había sesenta de ellas en la primera muralla y cuarenta en la segunda. Las más importantes entre ellas eran la de Hippicus, Fasaelus y Mariamne, cercanas entre sí, al noroeste de Sion, todas construidas sólidamente con inmensos bloques de mármol, cuadradas, fuertemente fortificadas y coronadas de edificios defendidos con almenas y torreones.⁹ Fueron edificadas por Herodes, y recibieron esos nombres por el amigo y hermano que perdió en batalla y por la esposa a la que hizo dar muerte en un arrebatado de celos.

Las cuatro colinas

Si el peregrino examinaba más estrechamente la ciudad podía observar que estaba edificada sobre cuatro colinas. De éstas, la occidental, o antigua Sion, era la más alta, levantándose unos 61 metros (200 pies) por encima de Moriah, pero todavía 30 metros (100 pies) por debajo del monte de los Olivos. Al norte y al este, enfrente de Sion y separados de él por el profundo valle del Tiropeón, se encontraban el Acra, con su forma de creciente, y el Moriah, este último con el Ofel unido a su ladera sur. La ciudad baja se extendía por las laderas del Acra. Finalmente, la cuarta colina, Bezetha (de *bezaion*, terreno pantanoso), la ciudad nueva, se levantaba al norte del monte del templo y del Acra, y estaba separada de ambos por un valle artificial. Las calles, que, como en todas las ciudades orientales, eran estrechas, estaban pavimentadas de mármol blanco. Una acera algo elevada servía para uso de los que acababan de ser purificados en el templo, mientras que el resto caminaba por la calzada. Generalmente, las calles recibían sus nombres de las puertas a las que conducían, o por los varios bazares en ellas. Así, había la «Calle de las Aguas», la «Calle del Pescado», la «Calle del Este», etc. El «Bazar de las maderas» y el de los «sastres» estaban en la ciudad nueva; el gran mercado superior estaba en el monte Sion. Luego había los bazares de la «lana» y el de «los latoneros»; la «Calle de los Panaderos», de «los Carniceros» y de «los Forasteros», y muchas otras con nombres similares. Y tampoco hubiera sido difícil identificar los edificios más importantes de la ciudad. En el ángulo noroccidental del monte Sion, sobre el emplazamiento del castillo de David, en la antigua Salem y Jebús, se encontraba el majestuoso palacio de Herodes, generalmente empleado por los procuradores romanos durante sus temporales estancias en Jerusalén. Se encontraba muy alto, justo debajo de la protección de las grandes torres que Herodes había edificado, y era una maravilla esplendorosa, de cuya extensión, fuerza, altura, estancias, torres, tejados, pórticos, atrios y jardines adyacentes habla Josefo con términos de admiración.

El palacio del sumo sacerdote

En la esquina opuesta, nororiental, del monte Sion, se encontraba el palacio del sumo



La torre (o fortaleza) Antonia; de la maqueta del señor Garrard.

sacerdote. Edificado en la ladera de la colina, había debajo de los apartamentos principales una planta inferior, con un pórtico delante, de manera que podemos entender cómo en aquella noche llena de acontecimientos Pedro se encontraba «*debajo* en el palacio» (Mr. 14:66). Más allá, probablemente en la ladera del Acra, se encontraba el Depósito de los archivos, y al otro lado de la grieta, adosada al templo, con el que probablemente estaba conectada por una columnata, estaba la cámara del consejo del sanedrín. Siguiendo la cresta oriental del monte Sion, al sur del palacio del sumo sacerdote, estaba el inmenso Xystus, que probablemente se extendía hasta el Tiropeón. Fuera cual fuera su propósito original,¹⁰ se empleó posteriormente como lugar para reuniones públicas, en las que, en las grandes ocasiones, se arengaba a la muchedumbre. Es probable que fuera aquí donde Pedro se dirigió a los 3.000 convertidos en el día de Pentecostés, cuando la multitud se dirigió allí apresuradamente desde el templo al oír «un estruendo como de un viento recio». El Xystus estaba rodeado por una columnata cubierta. Detrás estaba el palacio de Agripa, el antiguo palacio de David y de los macabeos, y aún más atrás el de Berenice. Sobre el Acra se levantaron después los palacios de ciertos príncipes extranjeros, como los de la reina Elena, el rey Monobasus y otros prosélitos. En este barrio, o más allá de él al noroeste, uno buscaría naturalmente el teatro y el anfiteatro, que siendo tan esencialmente ajenos al judaísmo deben haber estado situados tan lejos como fuera posible del templo. Es indudable que el espacio alrededor del templo se mantuvo sin edificar. En la esquina suroriental detrás del templo se encontraba el gran mercado de las ovejas, y al sur del mismo el hipódromo. Originalmente, «la casa del rey» al lado de la puerta de los caballos, edificada por Salomón, y los establos reales, habían ocupado el área del sur del monte del templo, donde Herodes edificó posteriormente el «pórtico real». El templo de Salomón tenía unos 90 (300 pies) metros menos de norte a sur que el de Herodes. Transversalmente, entre Xystus y la puerta del Pescado, se encontraba el barrio de *Maktesh* (Sof. 1:10, 11), ocupado por varios bazares, principalmente conectado con el templo. Finalmente, al sur del templo, pero en la misma colina, estaba *Ofel*, el apiñado suburbio de los sacerdotes.

En este apresurado recorrido por la ciudad no hemos hecho ninguna observación

acerca de los magníficos monumentos y pilares erigidos en varios lugares de Jerusalén, ni de sus sinagogas, de las que la tradición nos da su número como entre 460 y 480; ni de muchos edificios públicos; ni tampoco de tales lugares sagrados como el estanque de Siloé, o el de Betesda, en el que la memoria se quiere detener. En acusado contraste con toda esta belleza y magnificencia deben haberse distinguido las grandes murallas y las torres, y los fuertes separados, que guardaban bien el templo, bien la entrada a los varios montes sobre los que se levantaba la ciudad, como el Milo, el Ofel y otros. De estos, el más alto y fuerte era la torre Antonia, en forma de L, que tenía una altura de 32 metros (105 pies), y edificado además sobre una peña de 23 metros (75 pies) de altura. Las torres y el castillo de Antonia, con sus plazas, edificios adosados y columnatas deben haber parecido casi una ciudad pequeña, sobre su rocosa altura. Más allá de la ciudad se abrían numerosos portones por todas partes hacia el campo, sobre las pendientes y crestas de colinas cubiertas por deliciosos huertos y punteadas con hermosas villas.

La puerta de Susa

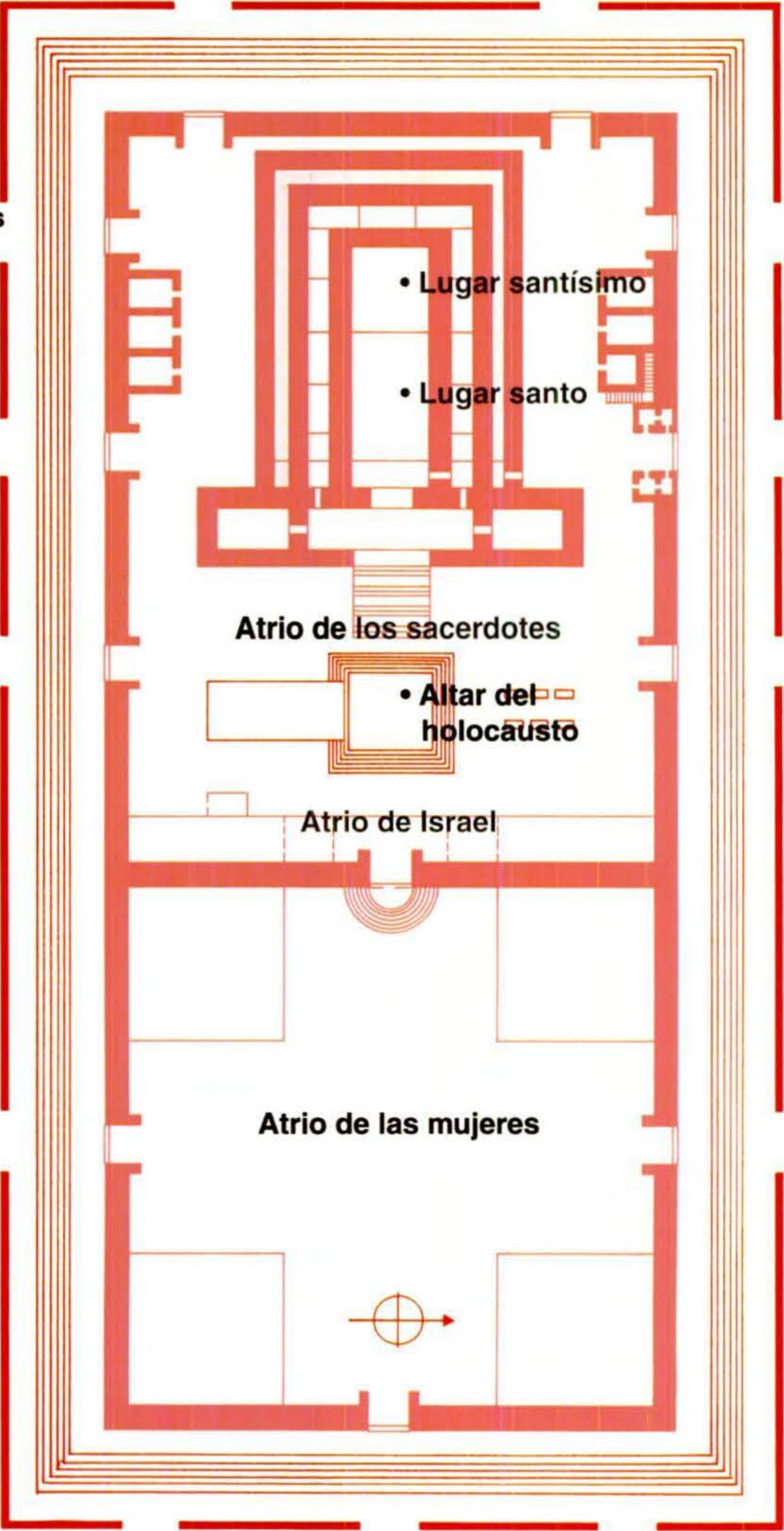
Esta debe haber sido la primera impresión de Jerusalén tal como se veía desde el monte de los Olivos, sobre el que se supone que hemos permanecido. Si se puede confiar en la tradición judía acerca de esto, se abría una puerta hacia este monte de los Olivos a través de la muralla oriental del templo.¹¹ Recibe el nombre de «la puerta de Susa», por la representación escultórica sobre ella de la ciudad a la que van unidas tantas reminiscencias judías. Desde esta puerta salía un camino con arcadas, por el que los sacerdotes sacaban la «vaca alazana», y se dice que en el día de la expiación, el segundo macho cabrío era llevado al monte de los Olivos. Cerca del lugar donde era quemada la vaca alazana había grandes lavatorios y puestos para la venta de los artículos precisos para varias purificaciones. Encima de una cresta, sobre una de las elevaciones más dominantes, estaba la estación lunar, desde donde, mediante señales con fuego, se telegrafaba la llegada de cada nueva luna de colina en colina a lejanos países. Si se puede confiar también en esto en la tradición judía, había también una puerta no usada en el templo que miraba al norte —*Tedi* o *Tere*— y dos puertas hacia el sur. Sólo sabemos con seguridad acerca de un paso subterráneo que llevaba desde la fortaleza Antonia por el «ángulo noroccidental» del templo hasta el atrio del templo, y de los claustros con escaleras que descendían a los pórticos, por uno de las cuales se precipitó el tribuno Lisias a rescatar a Pablo cuando la enfurecida multitud casi había logrado darle muerte. Eliminando todas las cuestiones dudosas, estamos seguros que en todo caso había cinco puertas hacia el recinto exterior del templo, o atrio de los gentiles: una desde el sur, y cuatro, las principales, desde el oeste. Aquel portón del sur era doble, y debe haber sido utilizado principalmente para comodidad de los sacerdotes. Viniendo de Ofel, pasaban a través de su gigantesco arco y vestíbulo (unos 12 metros [40 pies] a cada lado), y luego por un túnel doble de casi 70 metros (200 pies) de longitud, de donde salían por unas escaleras que llevaban directamente desde el atrio de los gentiles al de los sacerdotes, cerca del lugar donde oficiaban.¹²

Pero para unirnos a la gran multitud de adoradores tenemos que entrar en la ciudad misma. Girando la espalda al monte Sion, ahora estamos de frente hacia el este, al monte Moriah. Aunque estamos mirando hacia las cuatro entradas principales al templo, lo que vemos dentro de aquellas murallas, sin embargo, en las más altas terrazas no es el frente sino la parte trasera del santuario. Es curioso como la tradición cae aquí en el más craso error acerca de dirigirse hacia el este en el culto. El lugar santo mismo miraba hacia el este, y se llegaba allí desde el este; pero lo cierto es que los sacerdotes que ministraban y los adoradores no miraban hacia el este sino hacia el oeste.

Plano del templo de Herodes en tiempos de Jesús. Aunque hay acuerdo en cuanto a la precisión general, los arqueólogos siguen debatiendo muchos de los detalles.

Plano del templo de Herodes

Atrio de los gentiles



La planicie del templo

La planicie del templo había sido allanada artificialmente con una cantidad inmensa de mano de obra y con enormes inversiones, y agrandada mediante gigantescas subestructuras. Estas últimas servían también en parte para el propósito de la purificación, ya que en otro caso pudiera haber habido algún cuerpo muerto debajo que, por muy grande que fuera la distancia, habría contaminado, según la tradición, toda el área encima, a no ser que se interpusiera una cámara de aire. Tal como la había ampliado Herodes el Grande, el área del templo ocupaba una plaza elongada de entre 280 y 290 metros (925 a 950 pies) o más. Calculando de manera aproximada que fuera de 305 metros (1.000 pies), nos daría una extensión una mitad mayor que la longitud de San Pedro en Roma, que mide 187 metros (613 pies), y casi el doble de la basílica de San Pablo en Londres, que tiene una longitud máxima de 158 metros (520 pies). Y entonces tenemos que mantener en mente que la planicie del templo no tenía sólo una longitud de 305 metros (1.000), sino que era un cuadrado de casi 305 metros de lado. Pero no era en el centro de este cuadrado sino hacia el noroeste del mismo que estaban el templo propiamente dicho y sus atrios especiales. Y no estaban, como ya se han dado indicaciones, todos ellos a un mismo nivel, sino que se levantaban terraza tras terraza, hasta que se alcanzaba el edificio sagrado mismo, con su pórtico sobresaliendo como unas «hombreras», a cada lado, quizá levantándose en dos torres en los flancos y cubriendo el lugar santo y el santísimo. Así el «dorado santuario» debe haber sido claramente visible desde todos lados, levantándose el humo de sus sacrificios lentamente en espiral contra el azul cielo oriental y cubriendo la música de sus servicios el cielo de la activa ciudad, en tanto que el resplandor del sol hacía brillar sus tejados dorados, o titilaba desde sus pavimentos de mármol teselado, o arrojaba grandes sombras sobre el Olivete detrás de él.

Fábulas de los rabinos

Desde luego, cuando los rabinos pensaban en su ciudad en su gloria, bien podían decir: «El mundo es como un ojo. El océano que rodea al mundo es el blanco del ojo; su negro es el mundo mismo; la pupila es Jerusalén; pero la imagen dentro de la pupila es el santuario.» En su dolor y tristeza han escrito muchas cosas fabulosas acerca de Jerusalén, de las que algunas pueden encontrar sitio aquí, para mostrar con qué halo de reverencia rodeaban las amorosas reminiscencias del pasado. Jerusalén, decían ellos, no pertenecía a ninguna tribu en concreto: pertenecía a todo Israel. Y esto es literalmente cierto en gran medida; porque incluso después, cuando la antigua Jebús vino a ser la capital de la tierra, la línea limítrofe entre Judá y Benjamín pasaba justo por en medio de la ciudad y del templo, de manera que, según la tradición judía, el pórtico y el santuario mismo se encontraban en Benjamín, y los atrios del templo y el altar en Judá. En Jerusalén no se podía alquilar ninguna casa. Las casas pertenecían, por así decirlo, a todos; porque todas ellas debían ser abiertas de par en par, con una hospitalidad cordial, a los hermanos peregrinos que acudían a la fiesta. Nunca nadie había dejado de encontrar en Jerusalén los medios para celebrar las festividades pascuales, ni nadie había carecido de una cama en la que reposar. Nunca ninguna serpiente ni ningún escorpión hizo daño a nadie en sus recintos; nunca el fuego asoló sus calles ni se derrumbaron casas. Ninguna proscripción afectó jamás a la Santa Ciudad. Era levíticamente más sagrada que otras ciudades, por cuanto sólo en ella podían comerse el cordero pascual, las ofrendas de acción de gracias y los segundos diezmos. Por eso ellos se guardaban celosamente en contra de toda posibilidad de contaminación. Ningún cuerpo muerto podía quedarse en la ciudad de noche; no había sepulcros allí, excepto los de la casa de David y el de la profetisa Hulda. Ni siquiera podían guardarse aves domésticas, ni



Parte de la vasta plataforma actual del monte del templo.

plantarse huertos, para que el olor de la vegetación corrompiéndose no infectara el aire; ni podían construirse hornos, por temor al humo. Nunca ningún accidente adverso había interrumpido los servicios del santuario ni profanado las ofrendas. ¡Nunca la lluvia había apagado el fuego en el altar, ni un viento adverso echado atrás el humo de los sacrificios; ni, por grande que fuera la multitud de adoradores, había ninguno de ellos carecido de sitio para inclinarse y adorar al Dios de Israel!

Hasta aquí por lo que a los rabinos concierne. Y tanto más impresionante es la admisión de ellos y su lamento, tan significativo visto a la luz del evangelio: «Durante tres años y medio moró la *Shekiná*» (o presencia visible de Dios) «sobre el monte de los Olivos», esperando por si Israel se arrepentía, «y llamándolos: “Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano” [Is. 55:6]. Y cuando todo fue en vano, entonces la *Shekiná* se volvió a su propio lugar».

Jerusalén en ruinas

¡Sí, la *Shekiná* se ha apartado a su propio lugar! Tanto la ciudad como el templo han sido «anivelados con el suelo», por cuanto Jerusalén no conoció el tiempo de su visitación (Lc. 19:44). «Reducieron a Jerusalén a escombros» (Sal. 79:1). «...Las piedras del santuario están esparcidas por las encrucijadas de todas las calles» (Lm. 4:1). Esto y mucho más vio el Salvador, el verdadero Rey de Israel, en el futuro inmediato, cuando «al ver la ciudad, lloró sobre ella». Y ahora tenemos que rebuscar muy abajo, abriendo un

pozo de entre 18 y 38 metros (60 a 125 pies) de profundidad a través de los cascotes de ruinas acumuladas antes de llegar por fin a los antiguos cimientos.¹³ Y allí, cerca de donde en el pasado el puente real salvaba el abismo y conducía desde la Ciudad de David al pórtico real del templo, se encuentra «el Muro de las Lamentaciones», donde los dolidos herederos de toda esta desolación abrazan reverentes las piedras caídas y lloran lágrimas inútiles, inútiles por cuanto el presente es como el pasado, y porque lo que condujo a aquel juicio y a este dolor prosigue sin ser reconocido, no habiendo arrepentimiento acerca de ello, y por lo tanto permanece. Sin embargo... «Guarda, ¿qué de la noche? El guarda respondió: La mañana viene, y después la noche; preguntad si queréis, preguntad; volved, venid» [Is. 21:11, 12].

Notas

1. Salmo 48:1, 2, 12, 13. Este salmo fue probablemente escrito durante el reinado de Josafat.
2. Véanse los «Cánticos graduales», o más bien los «Salmos del ascenso» (a las fiestas), especialmente el Salmo 122.
3. La alusión es a las varias colinas que, «como compañeros», se unen para formar «la ciudad».
4. Véase la entusiasmada descripción en la obra de Stanley *Sinai and Palestine*.
5. Por un camino más largo, la distancia es de 1.197 metros (3.927 pies), y por la principal ruta camellera quizá algo más. Josefo calcula la distancia desde la ciudad evidentemente hasta la cumbre del Olivete como de 958 metros (3.143 pies) ó 5 estadios.
6. Rabí Jochanan ben Saccai, que dirigía el sanedrín inmediatamente antes y después de la destrucción de Jerusalén.
7. El señor Ferguson, en el *Dictionary of the Bible* editado por Smith, tomo I, página 1025, pone estas cifras en tela de juicio, sobre la base de la población de las modernas ciudades por unidad de área. Pero dos millones no eran la población ordinaria, sino sólo las multitudes festivas durante la Pascua. Tomando en consideración los hábitos orientales, como el de dormir en el terrado, y posiblemente la acampada en el exterior, el cálculo no es descabellado. Además, por poco veraz que fuera Josefo, se puede confiar en él, por lo general, cuando se trata de estadísticas oficiales, susceptibles de verificación. De hecho, al tomar en consideración esta extraordinaria cantidad de llegadas, los rabinos afirman que durante las fiestas —excepto durante la primera noche— el pueblo podía acampar en las *afueras* de Jerusalén, pero dentro de los límites de un camino de sábado. Esto, como bien observa Otho (*Lex Rabb.* p. 195), explica asimismo cómo, en tales ocasiones, nuestro Señor se retiraba tan frecuentemente al monte de los Olivos.
8. La tercera muralla, la mayor y la más fuerte, que encerraba *Bezetha*, o la ciudad nueva, fue edificada por Herodes Agripa doce años después de la fecha de la crucifixión.
9. Para precisiones acerca de estos fuertes, véase Josefo, *Las guerras de los judíos*, V, 4, 3.
10. Barclay sugiere que el Xystus había sido originalmente el gimnasio pagano construido por el infame sumo sacerdote Jasón. (*City of the Great King*, p. 101.)
11. En la cámara por encima de esta puerta se guardaban dos medidas patrón, explícitamente para su uso por parte de los obreros empleados en el templo. (*Misná, Kelim*, 117:9.)
12. La tradición judía menciona las siguientes cinco como las puertas exteriores del templo: la de Susa al este, la de *Tedi* al norte, la de *Copponus* al oeste, y las dos puertas de *Hulda* al sur. Se dice que la puerta de Susa era más baja que las otras, de manera que los sacerdotes al final del «puente de la vaca alazana» pudieran ver el templo por encima de ella. En una cámara sobre la puerta de Susa se guardaban las medidas patrón del «codo».
13. Charles Wilson, *Recovery of Jerusalem*, p. 185.

Capítulo 2

DENTRO DEL SANTUARIO

«... no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada» (Mateo 24:2).

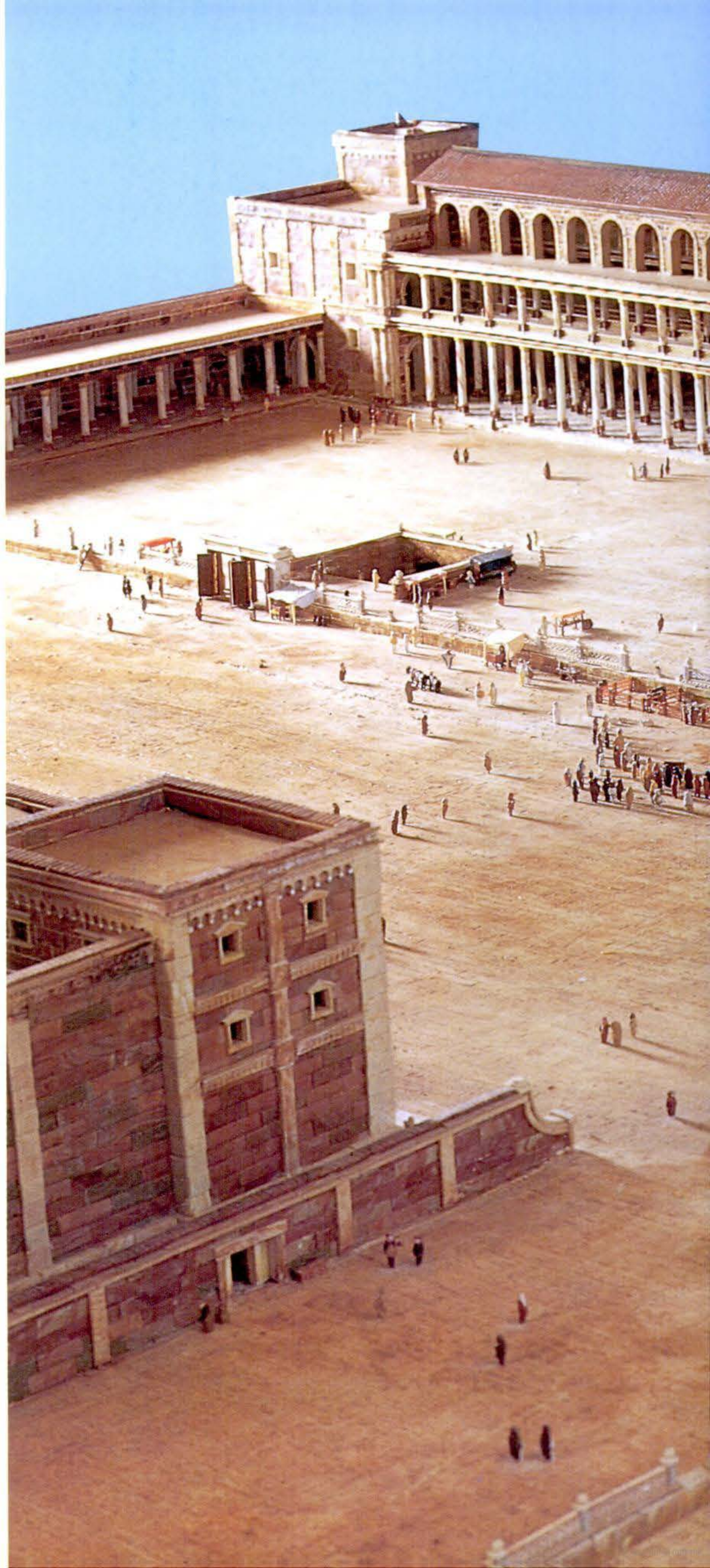
«El puente real»

De las cuatro principales entradas al templo, todas ellas desde el oeste, la más al norte descendía, quizá por medio de un tramo de escaleras, a la ciudad baja; otras dos llevaban al suburbio, o *Parbar*, como era llamado. Pero con mucho, la avenida más magnífica era la del ángulo suroccidental del templo. Probablemente esta era «la subida a la casa del Señor» que tan atónita dejó a la reina de Sabá (1 R. 10:5).¹ Sería desde luego difícil exagerar el esplendor de esta vía de acceso. Un colosal puente sobre arcos salvaba el valle del Tiropeón, conectando la antigua ciudad de David con lo que se llama «el pórtico real del templo». En base de sus ruinas podemos reconstruir el puente. Cada arco tenía una luz de 12,6 metros (41,5 pies), y las piedras basales medían 7,3 metros de longitud y casi 1,8 metros de grosor (24 pies x 6 pies). Es casi imposible imaginar estas proporciones, excepto mediante su comparación con otros edificios. ¡Una sola piedra de más de 7 metros de largo! Y sin embargo, éstas no eran en absoluto las más grandes en la construcción del templo. Tanto en la esquina suroriental como en la suroccidental se han encontrado piedras que miden entre 6 y 12 metros (20 y 40 pies) de longitud, y que pesan por encima de 100 toneladas.

Los pórticos el templo

La vista desde este «puente real» tiene que haber sido espléndida. Fue sobre él que condujeron al Salvador, a la vista de toda Jerusalén, a y desde el palacio del sumo sacerdote, al de Herodes, a la sala de reuniones del sanedrín y al tribunal de Pilato. Aquí la ciudad se habría visto extendida delante de nosotros como un mapa. Más allá, la mirada se posaría sobre suburbios dispersos, arboledas y muchos huertos, los más hermosos los jardines reales del sur, el «jardín de rosas», tan elogiado por los rabinos, hasta que el horizonte quedaba encerrado por la borrosa silueta de las montañas en la distancia. Sobre las barandas del puente podríamos haber mirado al valle del Tiropeón abajo, a una profundidad no menor de 69 metros (225 pies). La vía que salvaba esta cañada tenía una longitud de 108 metros (354 pies), desde el monte Moriah al monte Sion enfrente, y una anchura de 15 metros (50 pies), esto es, una anchura 1.5 metros (5 pies) mayor que la avenida central del pórtico real del templo, que era a donde conducía. Estos «pórticos», como se les llama en el Nuevo Testamento, o claustros, estaban entre los más logrados rasgos arquitectónicos del templo. Rodeaban el interior de su muralla y cerraban los límites exteriores del atrio de los gentiles. Estaban contruidos con dobles hileras de columnas corintias, todas ellas monolitos, totalmente cortadas de un solo bloque de mármol, y cada columna tenía una altura de 11.4 metros (37,5 pies). Un techo plano, ricamente ornamentado, descansaba contra la muralla, en la que también estaba insertada la hilera más externa de columnas. Es posible que hubiera torres² donde una columnata se unía a la otra. Pero el «pórtico real», por el que se supone que

Una vista de la maqueta del templo de Herodes construida por el señor Garrard que muestra el atrio de los gentiles y el estilóbato real, la arcada que se ve detrás. Los dos túneles que se ven en el medio del atrio de los gentiles conducen a dos entradas principales al área del monte del templo.





hemos entrado en el templo, era el más espléndido, consistiendo, no como los otros de una columnata doble, sino *triple*, formada por 162 pilares, dispuestos en cuatro hileras de 40 pilares cada una, sirviendo los dos restantes como una especie de pantalla allí donde el «pórtico» se abría al puente. En realidad, podemos considerar el pórtico real como consistiendo de una nave central de 13,7 metros (45 pies) de anchura, con gigantescas columnas de 30 metros (100 pies) de altura, y con dos corredores de 9 metros (30 pies) de anchura, con columnas de 15 metros (50 pies) de altura.³ Autoridades muy competentes consideran que este pórtico real ocupa el mismo lugar que el antiguo palacio de Salomón, donde instaló a la hija de Faraón. También aquí habían estado los «establos de Salomón». Cuando Herodes el Grande reconstruyó el templo, le incorporó esta área del antiguo palacio real. Cuáles tienen que haber sido el esplendor y la altura⁴ de este pórtico en el templo queda bien expresado en las palabras del capitán Wilson: «Es casi imposible imaginarse el efecto que hubiera producido un edificio más largo y más alto que la Catedral de York, levantándose sobre una masa sólida de piedra con una altura casi igual al más alto de nuestros campanarios.»⁵ Y este era sólo uno de los pórticos que formaban el límite sur del primero y más exterior atrio del templo: el de los gentiles. La vista desde arriba de esta columnata sobre el Cedrón era desde la altura enorme de 137 metros (450 pies). Aquí es donde algunos sitúan el pináculo del templo donde el Tentador puso a nuestro Salvador.

Estos pórticos o porches alrededor del atrio de los gentiles deben haber sido un lugar de lo más conveniente para la relación amistosa o religiosa, para encuentros o discusiones. Aquí encontraron a Jesús sus padres, cuando era todavía niño, discutiendo con los doctores; aquí después Él enseñó muy frecuentemente al pueblo; y aquí debieron tener lugar las primeras asambleas de los cristianos cuando «acudiendo asiduamente unánimes cada día al templo, ... alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo ... el Señor añadía cada día a la iglesia a los que iban siendo salvos» [Hch. 2:47]. Nos volvemos especialmente al pórtico de Salomón, situado a lo largo de la muralla oriental del templo, delante de su gran entrada. Era el único resto que quedaba del templo construido por el sabio rey de Israel. En este pórtico «Jesús andaba» en la «fiesta de la dedicación» (Jn. 10:23), cuando les dijo «abiertamente» que «yo y el Padre uno somos»; y allí fue que «todo el pueblo a una, atónito, corrió cuando tuvo lugar la «manifiesta señal» de la curación del cojo en «la puerta Hermosa del templo».

El atrio de los gentiles

Era norma que cuando se entraba en el templo se hacía por la derecha, y que cuando se salía era por la izquierda. El gran atrio de los gentiles,⁶ que formaba el recinto más inferior o exterior del santuario, estaba pavimentado con el más fino mármol jaspeado. Según la tradición judía formaba un cuadrado de 230 metros (750 pies). Su nombre se deriva del hecho de que estaba abierto a todos, judíos y gentiles, siempre que observaran las normas prescritas de decoro y reverencia. En ese atrio sitúa la tradición los apartamentos donde los levitas comían y dormían, y una sinagoga. Pero, a pesar de la minuciosidad farisaica, el ruido, especialmente en vísperas de la Pascua, debe haber sido muy perturbador. Porque allí se vendían los bueyes, ovejas y palomas que se habían seleccionado como animales aptos para ser sacrificados, como si fuera un mercado; y allí estaban aquellas mesas de los cambistas que el Señor volcó cuando expulsó de la casa de su Padre a aquellos que compraban y vendían (Mt. 21:12; Jn. 2:14).⁷ A poca distancia, en el atrio, una pared de mármol de 1,40 metros (4,5 pies) de altura, hermosamente adornada, exhibía inscripciones griegas y latinas, prohibiendo a los gentiles ir más allá, bajo pena de muerte. Una de las lápidas con esta advertencia, casi con las mismas palabras que nos da Josefo, ha sido descubierta en recientes excavaciones.

Fue debido a que pensaban que Pablo había infringido esta orden que la enfurecida multitud, alborotada, «apoderándose de Pablo, le arrastraron fuera del templo ... procurando matarle» (Hch. 21:31). Más allá de este recinto, una escalera de catorce peldaños, cada uno de ellos de 22.5 centímetros (9 plg.) de altura, conducía a una terraza de 4,6 metros (15 pies) de anchura, llamada el «Chel», que iba alrededor de la muralla *interior* del templo. Nos aproximamos ahora al santuario mismo, que consistía primero de tres atrios, cada uno más alto que el anterior, y, más allá de ellos, de los lugares santo y santísimo, con sus edificios adosados. Entrando por la puerta principal al *este* pasamos, primero, al atrio de las mujeres, de éste al de Israel, y de este último al de los sacerdotes. Ésta habría sido, por así decirlo, la forma natural de progresar. Pero había un camino más corto para ir al atrio de los sacerdotes. Porque tanto al norte como al sur, a lo largo de la terraza, unas escaleras llevaban a tres puertas (al norte y al sur), que se abrían al atrio de los sacerdotes, mientras que una cuarta puerta (al norte y al sur) conducía al centro del atrio de las mujeres. Así, había nueve puertas que se abrían desde «la terraza» al santuario, la principal desde el este, y cuatro al norte y al sur, de las que una (a norte y a sur) llevaba también al atrio de las mujeres, y las otras tres (a norte y a sur) al de los sacerdotes.

La «puerta Hermosa»

Estas ocho puertas laterales, como podemos llamarlas, eran todas de dos hojas, anchas, con superestructuras y cámaras sustentadas por dos pilares, y cubiertas de láminas de oro y de plata. Pero más magnífica que cualquiera de ellas era la novena puerta, la *oriental*, que constituía la principal entrada al templo. La subida a la misma se efectuaba desde la terraza mediante doce fáciles peldaños. El portón mismo estaba hecho de resplandeciente bronce corintio, muy ricamente adornado; y tan enormes eran sus dos hojas que se precisaba del esfuerzo unido de veinte personas para abrirlas y cerrarlas. Ésta era la «puerta Hermosa»; y en sus peldaños habían estado dejando durante muchos años a aquel cojo, así como hoy día se pueden encontrar mendigos privilegiados a las puertas de las catedrales del continente. No es de asombrarse que toda Jerusalén lo conociera; y cuando en aquella soleada tarde Pedro y Juan se unieron a los adoradores en el atrio de las mujeres, no solos, sino acompañados del bien conocido tullido que, después de haber sido sanado, iba «andando, y saltando, y alabando a Dios» [Hch. 3:8, 11], debe haberse suscitado un «asombro y estupor» generales. Luego, cuando aquel tullido, que aún tenía «asidos a Pedro y a Juan», volvió a descender aquellos peldaños, podemos comprender fácilmente que toda la gente se agolpara por el pórtico de Salomón, cercano, hasta que el sermón de Pedro, tan fructífero en resultados espirituales, fue interrumpido por la policía del templo y por el brusco arresto de los apóstoles.

El atrio de las mujeres

El atrio de las mujeres recibía este nombre no porque estuviera dedicado a su exclusivo uso por parte de las mujeres, sino debido a que no se les permitía que siguieran más adentro, excepto cuando se trataba de ofrecer un sacrificio. Éste, además, debía ser el lugar usual para la adoración, ocupando las mujeres, según la tradición judía, sólo una galería elevada alrededor de tres de los lados del atrio. Este atrio cubría un espacio de más de 61 metros (200 pies) de lado. Todo alrededor del atrio había una columnata simple, y dentro de ella, contra la pared, estaban los trece cepillos o «trompetas» donde se depositaban las contribuciones caritativas.⁸ Estos trece cepillos eran estrechos en la boca y anchos abajo, con una forma como de trompeta, de donde les viene su nombre. El objeto específico de cada uno estaba cuidadosamente inscrito sobre los mismos. Nueve de ellos eran para recibir lo que era legalmente debido por los adoradores, y los

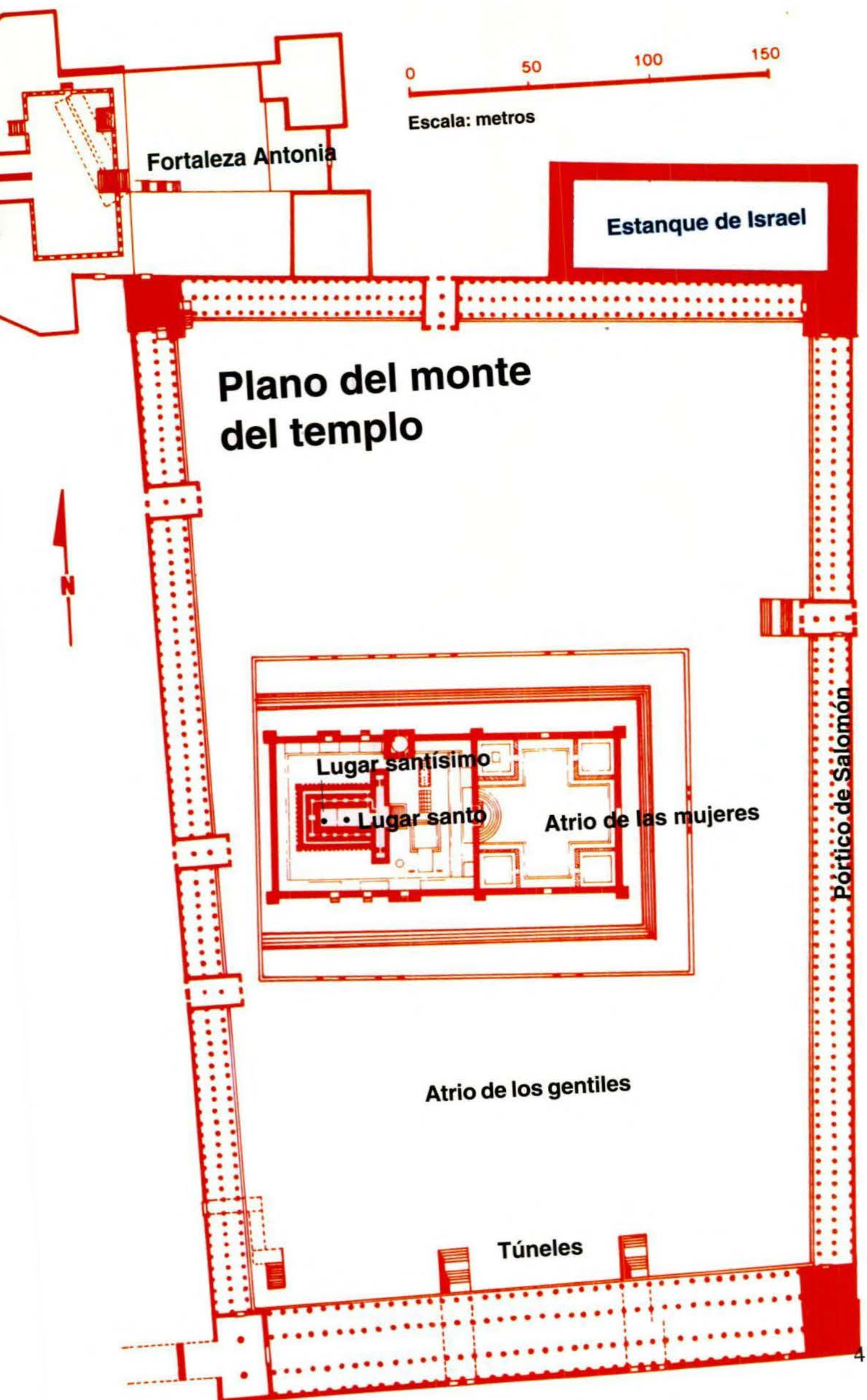
otros cuatro eran para dones estrictamente voluntarios. Las trompetas 1 y 2 servían para la recaudación del tributo de medio siclo para el año corriente y el anterior. En la trompeta 3, aquellas mujeres que tenían que traer tórtolas para una ofrenda para holocausto y para ofrenda por el pecado echaban su equivalente en dinero, el cual se sacaba cada día, sacrificándose una cantidad correspondiente de tórtolas. Esto no sólo ahorra el trabajo de tantos sacrificios individuales sino que guardaba el anonimato de aquellas que no quisieran dar a conocer públicamente la ocasión o las circunstancias de su ofrenda. Fue en esta trompeta que María la madre de Jesús debe haber echado el dinero que valía su ofrenda (Lc. 2:22, 24) cuando el anciano Simeón tomó al Salvador recién nacido «en brazos, y bendijo a Dios». La trompeta 4 recibía similarmente el valor de las ofrendas de jóvenes pichones. En la trompeta 5 se recogían contribuciones para la leña empleada en el templo; en la trompeta 6 para el incienso, y en la trompeta 7 se depositaban dones para los vasos de oro para el ministerio. De manera similar, las trompetas 9, 10, 11, 12 y 13 estaban destinadas a lo que quedaba de las ofrendas por la culpa, ofrendas de aves, las ofrendas de los nazareos, de los leprosos purificados y para las ofrendas voluntarias. Con toda probabilidad, este espacio en el que estaban las trece trompetas era la «tesorería», donde Jesús enseñó en aquella memorable fiesta de los tabernáculos (Jn. 7—8; véase especialmente 8:20). Podemos también comprender cómo, por el peculiar y conocido destino de cada una de estas «trompetas» el Señor pudo contribuir entre las contribuciones de los ricos que echaban «de su abundancia», y la de la viuda pobre que de su «pobreza» había dado «todo el sustento» que tenía (Mr. 12:41; Lc. 21:1). Pero había también una cámara del tesoro especial a la que en ciertas ocasiones llevaban el contenido de los trece cepillos; y, además, lo que recibía el nombre de «una cámara de los silenciosos», donde devotas personas depositaban dinero secretamente que después se empleaba de manera reservada para la educación de los hijos de los pobres piadosos.

Es probable que fuera en irónica alusión a la forma y nombre de estos cepillos para las ofrendas que el Señor, empleando la palabra «trompeta», describe la conducta de aquellos que, en su acción de dar limosna, buscaban gloria de parte de los hombres, como «sonando trompeta» delante de ellos (Mt. 6:2); esto es, como llevando delante de ellos, bien visibles, estos cepillos de ofrendas con forma de trompeta (que en el Talmud son llamados literalmente «trompetas»), y como haciéndolos sonar.⁹

Las cámaras

En cada una de las cuatro esquinas del atrio de las mujeres había unas cámaras, o más bien atrios sin cubrir, cada uno de ellos, según se dice, de unos 18 metros (60 pies) de lado. En el de la derecha (al noreste), los sacerdotes que no eran aptos para otros servicios que los serviles debido a taras físicas entresacaban la leña agusanada de la buena leña, que se destinaba al altar. En el atrio de la esquina más alejada (al noroeste) los leprosos purificados se lavaban antes de presentarse a los sacerdotes en la puerta de Nicanor. A la izquierda (el sureste) los nazareos se cortaban el cabello y cocían sus ofrendas de paces. En un cuarto atrio (al suroeste) se guardaban el aceite y el vino para las ofrendas de libación. Los instrumentos empleados por los levitas eran depositados en dos estancias debajo del atrio de Israel, al que se accedía desde el atrio de las mujeres.

Naturalmente, la columnata occidental de este atrio estaba abierta. De allí se subía por quince peldaños a través de la llamada puerta de Nicanor¹⁰ para acceder al atrio de Israel. Era en estos peldaños que los levitas se situaban en la fiesta de los tabernáculos para cantar los quince «salmos graduales» o del ascenso (Sal. 120—134), de donde algunos han derivado su nombre. Aquí, o más bien en la puerta de Nicanor, tenía lugar todo lo que estaba ordenado que fuera hecho «delante del Señor». Aquí era donde se presentaban el leproso limpiado y las mujeres que vinieran para la purificación ante los



sacerdotes, y aquí también era donde se daba el «agua de los celos» a la esposa sobre la que se abrigaban sospechas.

El atrio de Israel

Quizá será más conveniente para todos los propósitos prácticos considerar los dos atrios de Israel y de los sacerdotes como que formaban en realidad sólo *uno*, dividido en dos partes por una baja balaustrada de unos 45 centímetros (1,5 pies) de alto. Así considerado, este gran atrio doble, incluyendo al mismo santuario, mediría 85,5 metros de longitud por 61,75 metros de anchura (280,5 pies x 202,5 pies). De esto, una estrecha franja de 5 metros (16,5 pies) de anchura formaba el atrio de Israel. Dos escalones llevaban de él al atrio de los sacerdotes. Aquí se subía otra vez por tres bajos peldaños semicirculares hasta una especie de púlpito o plataforma, donde, lo mismo que sobre los «quince peldaños», los levitas cantaban y tocaban durante el servicio ordinario. Los *sacerdotes*, por su parte, ocupaban, mientras pronunciaban la bendición, los peldaños al otro extremo del atrio que conducía al pórtico del templo. Existía una disposición similar tanto en el gran atrio como en el de las mujeres. A derecha e izquierda de la puerta de Nicanor había receptáculos para las vestimentas de los sacerdotes (una para cada de las cuatro clases, y para los veinticuatro órdenes de sacerdotes: $4 \times 24 = 96$).

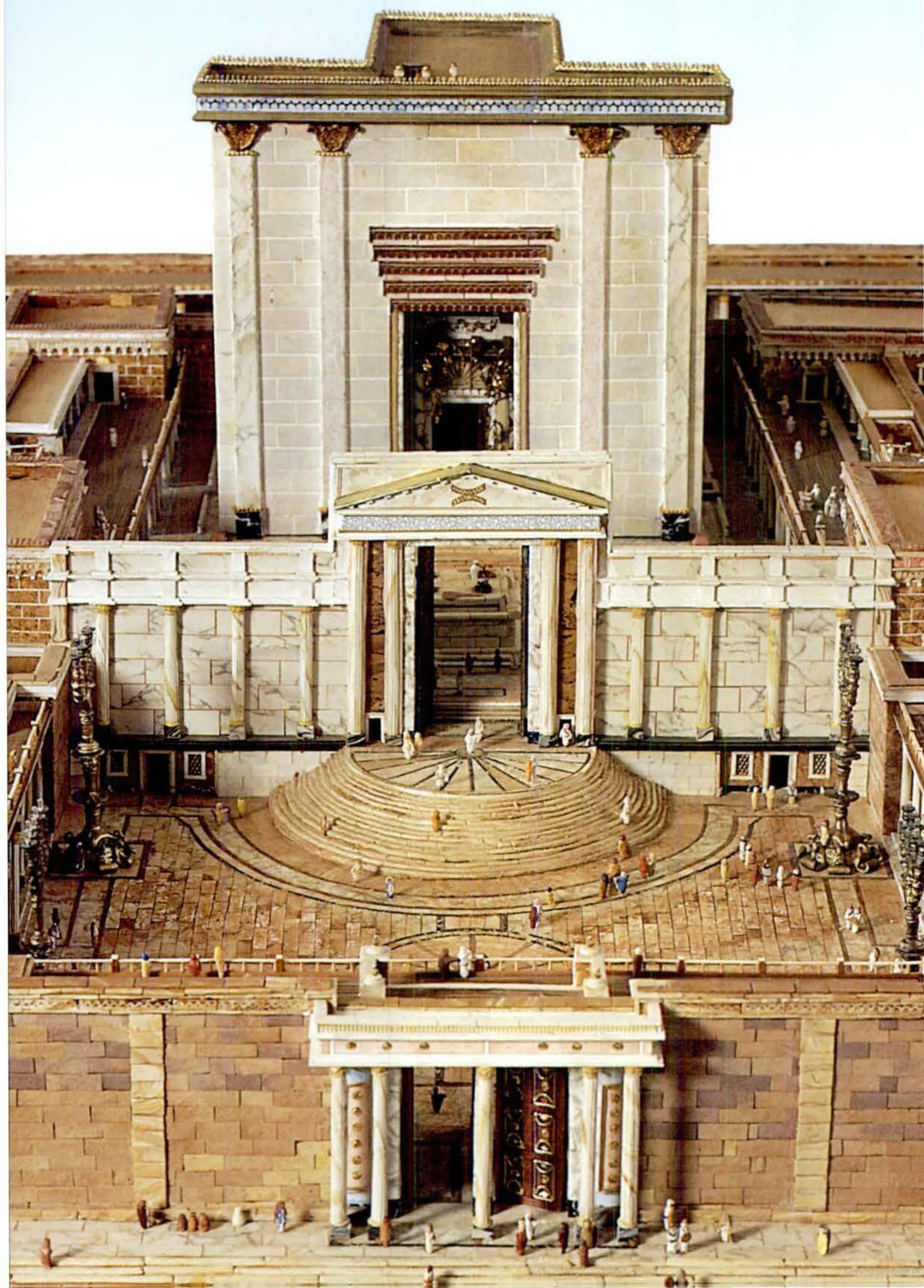
Después venía la cámara de la oblación del sumo sacerdote (Lv. 6:20), donde cada mañana, antes de descender a cumplir sus deberes, el sacerdocio oficiante se reunía procedente del «Beth-ha-Moked», o «casa de las cocinas». Ésta estaba construida sobre arcos, y contenía un gran comedor que se comunicaba con otras dos cámaras. Una de éstas era un gran apartamento donde se mantenían constantemente encendidos los fuegos para empleo de los sacerdotes que ministraban descalzos. Allí también dormían los cabezas de los órdenes que ministraban, y aquí, en un especial receptáculo debajo el pavimento, se colgaban las llaves del templo por la noche. De las otras tres cámaras del Beth-Moked, una se empleaba para guardar los varios recibos que se daban como garantía cuando alguien había pagado por una libación. En otra se preparaba el pan de la proposición, mientras que otra servía para los corderos (al menos seis) que se guardaban siempre listos para el sacrificio regular. Aquí también un pasaje conducía a un buen iluminado baño subterráneo para empleo de los sacerdotes. Además del Beth-Moked había, al norte y al sur del atrio, estancias para guardar la sal para el altar, para salar las pieles de los sacrificios, para lavar «sus entrañas», para guardar la leña «limpia», para la maquinaria con la que se suministraba agua a la pila, y finalmente la cámara «Gazith», o estancia de las piedras labradas, donde se reunía el sanedrín. Por encima de estas cámaras se encontraban otros apartamentos, como aquellos en los que el sumo sacerdote pasaba la semana antes del día de la expiación en estudio y meditación.

Las cámaras

El relato que da la tradición judía de estas puertas y cámaras alrededor del atrio de los sacerdotes es algo conflictivo, quizá debido a que las mismas cámaras y puertas pueden haber tenido diferentes nombres. Sin embargo, se puede resumir de esta manera.

Entrando en el gran atrio por la puerta de Nicanor, a mano derecha estaba la cámara de Finées con sus noventa y seis receptáculos para las vestiduras de los sacerdotes, y a la izquierda el lugar en el que se preparaba la oblación diaria del sumo sacerdote, y donde cada mañana, antes de romper el alba, se encontraban todos los sacerdotes ministrantes, después de haber inspeccionado el templo y antes de ser enviados a sus ocupaciones. Junto al lado meridional del atrio se encontraban la puerta de las aguas, a través de la que se traía, en la fiesta de los tabernáculos, un jarro con agua procedente del estanque de Siloé que tenía encima una cámara llamada Abtinás,¹¹ donde los

Vista de pájaro del frente de la maqueta del templo de Herodes del señor Garrard. Nótese sus enormes dimensiones en comparación con las figuras humanas de la maqueta.



sacerdotes montaban guardia de noche; luego estaba la puerta de los primogénitos de los animales, por donde entraban de estos los que eran aptos para ser ofrecidos; y la puerta de la leña, por la que se entraba la leña para el altar. Junto a estas puertas estaba el *Gazith*, la estancia de piedras cuadradas y alisadas donde se reunía el sanedrín; la cámara *Golah*, por el aparato hidráulico que vaciaba y llenaba la pila; y la cámara de la leña. Por encima y más allá estaban los apartamentos del sumo sacerdote y la cámara del concilio de los «consejeros honorables», o consejo sacerdotal para cuestiones estrictamente relacionadas con el templo. Al lado septentrional del atrio de los sacerdotes estaba la puerta Nitzutz (puerta de la chispa), con un cuerpo de guardia encima para los sacerdotes, la puerta de los sacrificios, y la puerta del Beth-Moked. Junto a las puertas estaban la cámara donde se salaban los sacrificios; la del salado de las pieles (que se llamaba *Parvah*, por su constructor), con baños para el sumo sacerdote encima de ella; y finalmente el *Beth-Moked* con sus apartamentos. Los dos mayores de estos edificios, la cámara del concilio del sanedrín en la esquina suroriental del atrio,¹² y el Beth-Moked en la esquina noroccidental, estaban en parte edificadas dentro del atrio, y en parte fuera en «la terraza».¹³ Esto debido a que nadie más que un príncipe de la casa de David podía sentarse dentro del sagrado recinto del atrio de los sacerdotes. Es probable que hubiera una disposición semejante para los apartamentos del sumo sacerdote y para la cámara del consejo de los sacerdotes, así como para las cámaras de prevención de los sacerdotes, de manera que en cada una de las cuatro esquinas del atrio los apartamentos sobresaldrían sobre «la terraza».¹³ Todo a lo largo de las columnatas, tanto alrededor del atrio de los gentiles como del de las mujeres, había asientos y bancos para que se acomodaran allí los adoradores.

El altar

El objeto más prominente en el atrio de los sacerdotes era el inmenso altar de piedras sin labrar,¹⁴ un cuadrado de no menos de 14,6 metros (48 pies) de lado, e, incluyendo «los cuernos», de 4,6 metros (15 pies) de altura. Todo alrededor de él corría «un circuito» para uso de los sacerdotes que ministraban y que, como norma, siempre pasaban alrededor por la derecha y se retiraban por la izquierda.¹⁵ Como este «circuito» estaba levantado a 2,7 metros (9 pies) del suelo, y tenía 46 centímetros (18 plg.) de altura, mientras que los «cuernos» medían 46 centímetros (18 plg.) de altura, los sacerdotes sólo tendrían 91 centímetros (3 pies) para alcanzar la parte superior del altar, y 1,4 metros (4,5 pies) para la parte superior de cada «cuerno». Un plano inclinado, de 15 metros de largo y 7,5 de ancho (48 x 24 pies), a la mitad del cual se unían dos «descensos» más pequeños, conducía al «circuito» desde el sur. Cerca de allí se encontraba el gran montón de sal, con la que debía salarse todo sacrificio.¹⁶ Sobre el altar, que en la parte superior tenía sólo 11 metros (36 pies) de anchura, ardían tres fuegos. Uno (al este) para las ofrendas, el segundo (al sur) para el incienso, y el tercero (al norte) como medio para encender los otros dos. Los cuatro «cuernos» del altar eran prominencias rectas, cuadradas y huecas, la del suroeste con dos aberturas, por cuyos embudos de plata se vertían las libaciones y, en la fiesta de los tabernáculos, el agua del estanque de Siloé. Una línea roja todo alrededor del medio del altar marcaba que debía rociarse *por encima* de ella la sangre de los sacrificios que se iban a comer, y *por debajo* la de los sacrificios totalmente quemados. El sistema de drenaje a cámaras inferiores y canales, los cuales podían ser limpiados a chorro con agua a voluntad, era perfecto. La sangre y los desperdicios eran arrastrados al Cedrón y hacia los huertos reales. Finalmente, al norte del altar se encontraban todas las cosas necesarias para los sacrificios: seis hileras, con cuatro anillas cada uno, de ingeniosos mecanismos para inmovilizar los sacrificios; ocho mesas de mármol para la carne, la grasa y las «entrañas» limpiadas; ocho columnas bajas, cada



El Muro Occidental de Jerusalén, cuyas capas inferiores consisten del trabajo de albañilería del templo de Herodes.

una de ellas con tres ganchos, para colgar las piezas; una mesa de mármol para ponerlas, y una de plata para los vasos de oro y de plata para el servicio.

La pila

Entre el altar y el pórtico del templo, pero situada hacia el sur, se encontraba la inmensa pila de bronce, sustentada por doce colosales leones. La drenaban cada tarde y la llenaban cada mañana con maquinaria, y en ella doce sacerdotes podían lavarse a la vez. Lo cierto es que el suministro de agua al santuario se encuentra entre las más maravillosas de sus disposiciones. La del templo es designada por el capitán Wilson como el «suministro de bajo nivel», en contraste con el «acueducto de alto nivel» que recogía el agua en un túnel de 6,4 kilómetros (4 millas) excavado en la roca, en el camino de Hebrón, y que luego serpenteaba hasta llegar a suministrar sus aguas a la parte alta de la ciudad. El acueducto «de bajo nivel» que suministraba al templo derivaba sus aguas de tres fuentes: de los montes alrededor de Hebrón, de Etán, y de los tres estanques de Salomón. Su longitud total era de más de sesenta y cuatro kilómetros (40 millas). La cantidad de agua que transportaba puede estimarse en base del hecho de que el sobrante de las aguas de Etán se calcula, cuando se drenaba al estanque inferior de Gihón, como presentando, cuando estaba lleno, «un área de casi cuatro acres de agua [alrededor de 1,6 Ha]». ¹⁷ Y si no hubiera sido suficiente con esto, «el terreno está suficientemente punteado de una serie de notables cisternas cavadas en la roca, en las que se guardaba el agua traída por un acueducto desde los estanques de Salomón, cerca de Belén. Las cisternas parecen haber estado conectadas por un sistema de canales cortados en la roca, de manera que cuando una estaba llena, el sobrante rebosaba a la siguiente, y así

sucesivamente, hasta que el final rebosamiento era llevado por un canal al Cedrón. Una de las cisternas, la conocida como el Gran Mar, solía contener nueve millones de litros, y la cantidad total de galones que se podían guardar excedía probablemente los cuarenta y cinco millones de litros». Parece haber pocas dudas de que el drenaje de Jerusalén estaba «tan bien trazado como el suministro de agua; la boca de la principal alcantarilla estaba en el valle del Cedrón, donde probablemente se empleaban los vertidos para fertilizar los huertos».

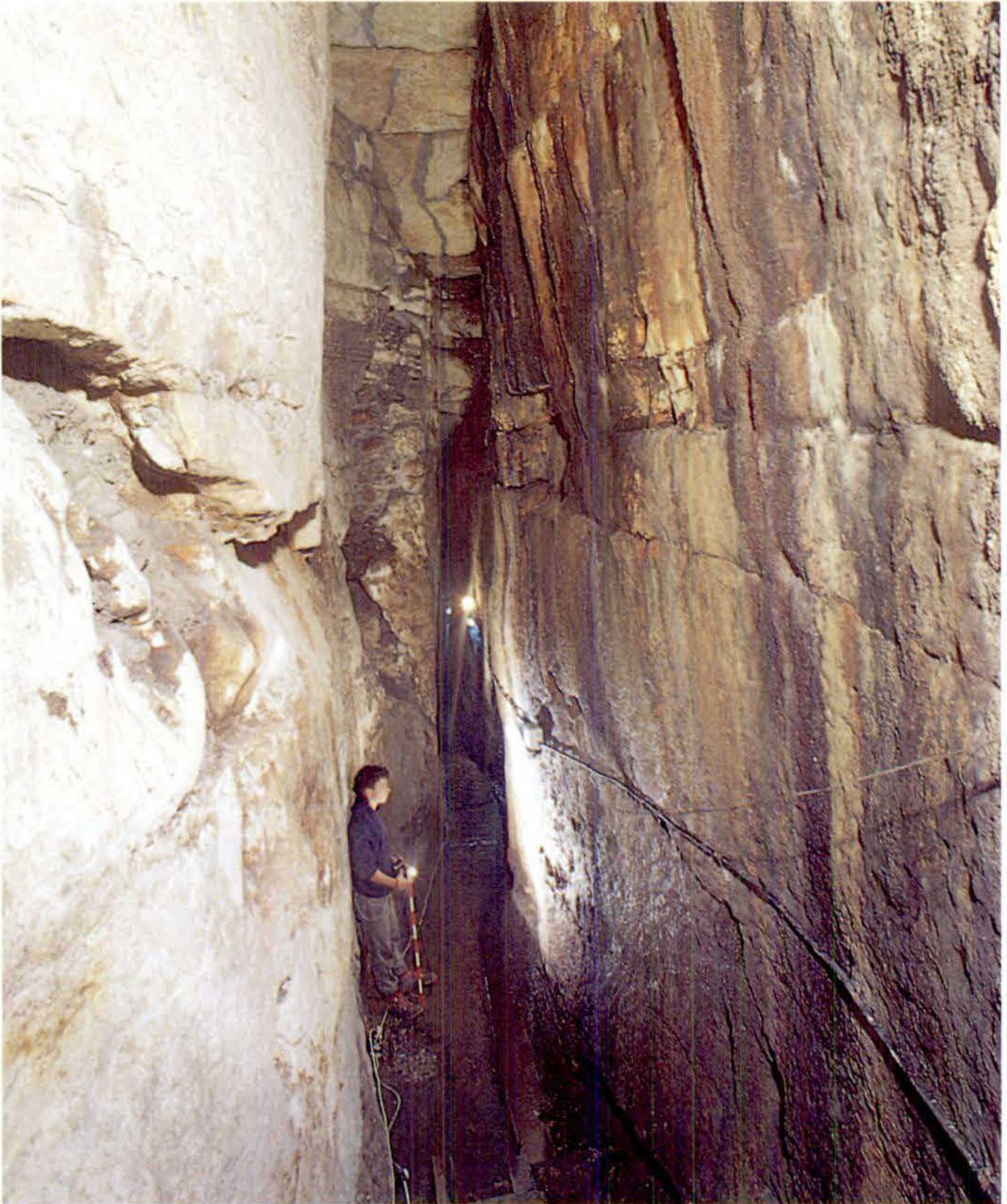
Las grandes piedras

La mente se queda aturdida ante estas cifras, cuya exactitud dudaríamos en aceptar si no hubieran quedado confirmadas por las modernas investigaciones. Y de la misma manera nos sentimos al hablar de las dimensiones de la misma Santa Casa. Ésta había sido erigida sobre enormes cimientos de bloques sólidos de mármol blanco recubiertos de oro, midiendo cada bloque, según Josefo, 20,6 por 2,7 metros (67,5 x 9 pies). Subiendo por una escalera de doce peldaños al «pórtico» observamos que sobresalía 9 metros (30 pies) a cada lado más allá del templo mismo. Incluyendo estas proyecciones, los edificios del templo tenían una longitud de 46 metros (150 pies), y otros tantos de anchura. Sin ellas, la anchura era de sólo 27 metros (90 pies), y la longitud de 37 metros (120 pies). De estos pertenecían al lugar santísimo 18 metros de longitud (60 pies), de este a oeste, y 9 metros (30 pies) de anchura, mientras que el lugar santísimo tenía 9 metros (30 pies) de longitud y otros tantos de anchura. Así, había a cada lado del santuario, y detrás de él, 9 metros (30 pies) sobrantes, que eran ocupados por edificios adosados de tres pisos de altura, conteniendo cada uno de ellos cinco estancias, mientras que atrás había ocho. Pero estos edificios laterales eran más bajos que el santuario mismo, sobre el que también se habían erigido superestructuras. Un tejado de cedro con alero y con puntas de oro sobre él, y rodeado por una elegante balaustrada, coronaba todo el conjunto.

El velo

La entrada al «pórtico», que tenía una elaborada techumbre, estaba cubierta por un espléndido velo. A derecha e izquierda había lugares para los cuchillos sacrificiales. Dentro del «pórtico» se guardaba una cantidad de dones «votivos», como los candelabros de oro de la prosélita reina de Adiabene, dos coronas de oro presentadas por los macabeos, etc. También aquí había dos mesas, una de mármol, sobre la que depositaban el nuevo pan de la proposición; la otra de oro, sobre la que ponían el viejo cuando lo sacaban del lugar santo. Unos portones de doble hoja,¹⁸ recubiertos de oro, y cubiertos con una rica cortina babilónica con los cuatro colores del templo («lino fino, azul, escarlata y púrpura») constituían la entrada al lugar santo. Por encima colgaba aquel símbolo de Israel (Sal. 80:8; Jer. 2:21; Ez. 19:10; Jl. 1:7), una gigantesca vid de oro puro, y hecha con ofrendas votivas; cada racimo tenía la altura de un hombre. En el lugar santo había, al sur, el candelero de oro; al norte, la mesa del pan de la proposición; y más allá el altar del incienso, cerca de la entrada del lugar santísimo. El lugar santísimo, por su parte, estaba ahora totalmente vacío, con una gran piedra, sobre la que el sumo sacerdote rociaba la sangre en el día de la expiación, ocupando el lugar donde había estado el arca con el propiciatorio. Un tabique de madera separaba el lugar santísimo del lugar santo; y sobre la puerta colgaba el velo que «se rasgó en dos, de arriba abajo» (Mt. 27:51) cuando quedó abierto en el Gólgota el camino al lugar santísimo.¹⁹

Así era el templo tal como lo había restaurado Herodes, una obra que se tomó cuarenta y seis años para su culminación. Pero, aunque los rabinos nunca se cansan de alabar su esplendor, ni con una palabra ninguno de los que fueron contemporáneos indica



Los túneles ubicados debajo del monte del templo.

siquiera que su restauración fuera llevada a cabo por Herodes el Grande.²⁰ Un acontecimiento tan memorable en su historia se pasa por alto con el más absoluto silencio. ¡Qué respuesta más total nos da esto a la objeción que a veces se presenta en base del silencio de Josefo acerca de la persona y de la misión de Jesús!

La predicción de nuestro Señor

La reverencia con la que los rabinos guardaban su templo será descrita a continuación. Los lectores del Nuevo Testamento saben con cuánta presteza cualquier supuesta violación de su santidad llevaba a una sumaria venganza popular. A los discípulos de Jesús les costaba darse cuenta de que una ruina tan absoluta como la que había predicho su

Maestro pudiera abatirse tan pronto sobre aquella hermosa y gloriosa casa. Era la sobretarde del día en que había predicho la total desolación de Jerusalén. Todo aquel día había enseñado en el templo, y lo que había dicho, no sólo allí, sino cuando, al ver la ciudad lloró sobre ella, parece haber llenado sus mentes de asombro y de dudas. Y ahora Él, con sus discípulos, había salido del templo. Una vez más se tomaron tiempo en grato reposo «en el monte de los Olivos» (Mt. 24:1, 3). «La púrpura luz sobre los montes de Moab estaba desvaneciéndose rápidamente. A través de la ciudad el sol poniente arrojaba una rica luz sobre los claustros de columnas del templo y sobre los silenciosos atrios que se levantaban terraza sobre terraza. Desde donde se encontraba ahora podía ver por encima de la puerta Hermosa y hasta la entrada al lugar santo, que ahora resplandecía de oro; mientras que los muros orientales y el profundo valle abajo estaban sumidos en una solemne sombra que, al ir descendiendo el orbe, se iba extendiendo más y más hacia la cumbre del Olivete, se veía aún un rayo desvaneciente de luz rosada, y después todo se hundía en la oscuridad.»²¹

Allí y entonces fue que los discípulos, mirando hacia el templo que se veía a sus pies, se lo señalaron al Maestro: «Mira qué piedras, y qué edificios» (Mr. 13:1). La vista desde aquel lugar debe haber hecho más difícil creer la predicción del Maestro, y más triste aún. ¡Pocos años después, quedó cumplida literalmente! Puede ser, como lo dice la tradición judía, que desde el cautiverio en Babilonia el «arca del pacto» esté enterrada y oculta debajo del atrio de la madera en el ángulo nororiental del atrio de las mujeres. Y puede que al menos algunos de los despojos que Tito se llevó consigo de Jerusalén, el candelero de siete brazos, la mesa de la proposición, las trompetas de los sacerdotes, y la mitra de oro idéntica a la que Aarón había llevado en su cabeza, estén ocultos en algún lugar en los subterráneos debajo del área del templo, después de haber ido sucesivamente a Roma, Cartago, Bizancio, Rávena y de allí a Jerusalén. Pero de «aquellas construcciones tan magníficas» que se habían levantado allí no queda «piedra sobre piedra» que no haya sido «derruida».

Notas

1. Según el señor Lewin, no obstante (*Siege of Jerusalem*, p. 270), este célebre ascenso a la casa del Señor pasaba por un doble pasaje subterráneo, de 76 metros (250 pies) de longitud y 19 metros (62 pies) de anchura, por un tramo de escalinata desde el nuevo palacio de Salomón, después ocupado por el «pórtico real», justo adentro del atrio interior del templo.
2. La sugerencia es del doctor Barclay, en su obra *The City of the Great King*.
3. Señor Ferguson, en Smith, *Dictionary of the Bible*, tomo III, p. 1462.
4. El profesor Porter lo ha calculado en 134 metros (440 pies).
5. *Recovery of Jerusalem*, p. 9.
6. Hemos adoptado este nombre como de uso común, aunque Relandus (*Antiquities I*, p. 78) objeta con razón que el único término empleado para él en los escritos judíos es «la montaña de la casa».
7. Compárese especialmente el *Talmud de Jerusalén*, Hagigah 78a.
8. Fue probablemente en una de estas que la pobre viuda echó sus «dos blancas» (Lc. 21:2).

Relieve del Arco de Tito en Roma, representando soldados romanos que llevan triunfantes el candelero de siete brazos del templo. Ésta es la representación más precisa que tenemos de la Menorá.



9. La alusión es tanto más al caso cuando recordamos que cada una de estas trompetas tenía una marca para indicar su objeto especial. Parece extraño que esta interpretación no se le haya ocurrido a ninguno de los comentaristas, que siempre han encontrado la alusión tal *crux interpretum*. Un artículo en el *Bible Educator* ha adoptado sustancialmente esta postura últimamente, añadiendo que las trompetas se tocaban cuando se recogían ofrendas. Pero acerca de esta última declaración no hay ninguna autoridad histórica, y contravendría el espíritu religioso de aquellos tiempos.
10. Jost (*Gesch. d. Jud.*, tomo I, p. 142) llama a la de Nicanor la «puerta de bronce corintio». Acerca del origen del nombre, véase Herzfeld, *Gesch. d. V. Isr.*, tomo I, p. 344.
11. El *Talmud babilónico* (*Yoma 19, a*) expresa dudas acerca de su exacta localización.
12. Es muy singular constatar lo extrañas que son las equivocaciones que se hacen acerca de las estancias y de los atrios conectados con el templo. Así, el escritor del artículo «sanedrín» en la *Encyclopaedia de Kitto*, tomo III, p. 766, dice que la cámara del sanedrín «estaba situada en el centro del lado sur del atrio del templo, extendiéndose la parte septentrional al atrio de los sacerdotes y la parte meridional al atrio de los israelitas». ¡Pero el atrio de Israel y el de los sacerdotes *no* estaban a norte y sur, sino este y oeste, como lo evidencia una mirada al plano del templo! La cámara del sanedrín desde luego se extendía hacia el *sur*, aunque lo cierto es que no iba hacia el atrio de Israel sino hacia el *Chel* o terraza. Las autoridades citadas en el artículo «sanedrín» no apoyan las conclusiones de su autor. Se debería señalar que hacia los tiempos de Cristo, el sanedrín cambió su lugar de la Cámara de las Piedras Cuadradas a otra al este del atrio del templo.
13. Sabemos que las dos cámaras sacerdotales de la guardia por encima de la puerta de las Aguas y de Nitzuz también daban sobre la terraza. Esto puede explicar cómo el *Talmud* hace referencia en ocasiones a seis, y en ocasiones a ocho puertas que se abrían sobre la terraza desde el atrio de los sacerdotes, o bien quizá las puertas 7 y 8 pueden haber sido las que daban desde la terraza al norte y al sur al atrio de las mujeres.
14. Eran «blanqueadas» dos veces al año. Una vez cada siete años el sumo sacerdote debía inspeccionar el lugar santísimo, por medio de una abertura en la cámara encima de él. Si se precisaba de reparaciones, los obreros eran bajados a través del techo en una especie de jaula, a fin de que no vieran nada más que aquello en que tenían que trabajar.
15. Las tres excepciones a esto son especialmente mencionadas en el *Talmud*. El sumo sacerdote ascendía y descendía siempre por la derecha.
16. También un receptáculo para aquellas ofrendas por el pecado de aves que se hubieran deteriorado. Este plano inclinado era mantenido cubierto con sal, para impedir que los sacerdotes, que iban descalzos, patinaran.
17. Véase Barclay, *City of the Great King*, pp. 292-336.
18. Había también un portillo por el que entraba el que abría los grandes portones desde dentro.
19. Los rabinos hablan de dos velos, y dicen que el sumo sacerdote entraba por el borde del sur del primer velo, y luego caminaba hasta que llegaba al borde del norte del segundo velo, por donde entraba en el lugar santísimo.
20. La primera mención aparece en el *Talmud babilónico*, y ahí ni con gratitud ni con consideración. (*Taanit 23a; Baba Batra 3b; 4a.; Succah 51b.*)
21. Bartlett, *Jerusalem Revisited*, p. 115.

Capítulo 3

ORDEN DEL TEMPLO, INGRESOS Y MÚSICA

«Porque los cuerpos de aquellos animales cuya sangre a causa del pecado es introducida en el santuario por el sumo sacerdote, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta» (Hebreos 13:11, 12).

El segundo templo, inferior en gloria

Para el judío devoto y fervoroso, el segundo templo tiene que haberle parecido, en comparación con la «casa en su gloria primera», desde luego «como nada» (Hag. 2:3). Ciertamente, en esplendor arquitectónico el segundo templo, tal como quedó restaurado por Herodes, sobrepasó por mucho al primero.¹ Pero, a no ser que la fe hubiera reconocido en Jesús de Nazaret al «Deseado de todas las naciones» que llenaría «de gloria esta casa» (Hag. 2:7), sería difícil hacer más que tristes comparaciones. Se debe reconocer que ya no existían los verdaderos elementos de la gloria del templo. El lugar santísimo estaba totalmente vacío; no estaban en el santuario ni el arca del pacto con los querubines, las tablas de la ley, el libro del pacto, la vara de Aarón que reverdeció, ni el pote de maná. El fuego que había descendido del cielo sobre el altar se había extinguido. Lo que era más solemne, estaba ausente la presencia visible de Dios en la *Shekiná*.² Tampoco podía determinarse la voluntad de Dios por medio del Urim y del Tumim, ni tampoco podía ser el sacerdote ungido con el aceite santo, siendo que su misma composición se desconocía. Pero con más celo aún los rabinos establecieron líneas de una santidad ficticia, y las guardaban contra toda infracción.

Líneas de santidad

Por lo general, como el campamento en el desierto había consistido realmente de tres secciones, el campamento de Israel, el de los levitas y el de Dios, así ellos contaban tres divisiones correspondientes en la Santa Ciudad. Desde las puertas hasta el monte del templo se consideraba que se trataba del campamento de Israel; de allí a la puerta de Nicanor representaba el campamento de Leví, mientras que el resto del santuario era «el campamento de Dios». Es en alusión a esto que el escritor de la Epístola a los Hebreos compara el sufrimiento de Cristo «fuera de la puerta» de Jerusalén con el quemado de las ofrendas por el pecado «fuera del campamento». Según otra disposición rabínica se asignaban diferentes grados de santidad a diferentes localidades. El primer grado, o inferior, pertenecía a la tierra de Israel, de donde únicamente podían proceder la primera gavilla en la Pascua, las primicias, y los dos panes para mecer en Pentecostés; el siguiente grado de santidad pertenecía a las ciudades amuralladas de Palestina, donde no podía permanecer ningún leproso ni ningún cadáver (Lc. 7:12); el tercero, a la misma Jerusalén, porque, además de muchas prohibiciones para preservar su pureza, sólo allí era lícito participar de las ofrendas de paces, de las primicias y de

«los segundos diezmos». A continuación venían, sucesivamente, el monte del templo, del que eran excluidos todos los que estuvieran en estado de impureza levítica; «la terraza», o «Chel», de donde quedaban excluidos, además de los gentiles, todos aquellos que estuvieran contaminados por contacto con un cuerpo muerto; el atrio de las mujeres, al que no podían entrar los que se habían contaminado, incluso si «se habían lavado», hasta que fueran también aptos para comer de «cosas sagradas», esto es, después de la puesta de sol del día en el que se habían lavado; el atrio de Israel, al que no podían entrar los que, aunque librados de sus impurezas, no hubieran traído aún la ofrenda para su purificación;³ el atrio de los sacerdotes, ordinariamente sólo accesible a ellos; el espacio entre el altar y el mismo templo, del que incluso quedaban excluidos los sacerdotes si su porte mostraba que no eran conscientes de la solemnidad del lugar; el templo, al que los sacerdotes podían entrar sólo tras lavarse las manos y los pies; y, finalmente, el lugar santísimo, donde sólo podía entrar el sumo sacerdote, y sólo una vez al año.

Reglas rabínicas

En base de estas posturas acerca de la santidad del lugar, se comprenderá fácilmente por qué hubiera sido de esperar una suficiente referencia exterior de parte de todos aquellos que entraban en el monte del templo. Los rabinos establecen aquí también ciertas normas, algunas de las cuales ya las sugeriría naturalmente el mismo sentido del decoro, mientras que otras nos recuerdan de manera extraña los dichos de nuestro Salvador. Así, no se debía ir allí excepto para propósitos estrictamente religiosos, ni tampoco para hacer del monte del templo un lugar de paso, ni emplearlo como atajo. De ordinario, los adoradores debían entrar por la derecha y salir por la izquierda, evitando tanto la dirección como la puerta por la que habían entrado. Pero los enlutados y los que estaban bajo disciplina eclesiástica debían hacer lo contrario, a fin de encontrarse con la corriente de adoradores, que pudieran dirigirles bien palabras de simpatía («¡Que el que mora en esta casa te dé consolación!») o bien de amonestación («¡El que mora en esta casa ponga en tu mente dar oído a aquellos que quisieran restaurarte!»). Como ya se ha dicho, estaba terminantemente prohibido sentarse en el atrio de los sacerdotes, haciéndose excepción sólo en favor de príncipes de la casa de David, probablemente para vindicar su consistencia, por cuanto tales casos estaban registrados en la historia pasada de Israel. Tanto los sacerdotes que servían como los adoradores debían andar hacia atrás cuando dejaban los alrededores inmediatos donde se llevaba a cabo el santo servicio, y a la puerta de Nicanor se debía estar con la cabeza inclinada. Apenas será necesario decir que se demandaba reverencia en el gesto y en el porte mientras se permanecía en el monte del templo. Pero incluso a distancia de Jerusalén y del templo se debía observar su dirección, para evitar en la vida ordinaria todo aquello que pudiera parecer incongruente con la reverencia debida al lugar del que Dios había dicho: «en ella estarán mis ojos y mi corazón todos los días» (1 R. 9:3). Fue probablemente por un sentimiento similar de reverencia que se ordenó que cuando el santuario fuera totalmente purificado una vez a la semana, todas las reparaciones que se hallaran necesarias fueran ejecutadas si era posible por sacerdotes, o bien por levitas, o al menos por israelitas, y sólo en caso de necesidad extrema por obreros levíticamente «inmundos».

Sin embargo, otras ordenanzas rabínicas no son tan fácilmente explicadas, excepto sobre la base de evitar toda ocupación y empresa que la del culto. Así, «nadie podía ir por el monte del templo con su bastón», como si de negocios o de placer se tratara; tampoco «con zapatos en los pies», permitiéndose sólo sandalias; tampoco «con polvo en los pies»; ni «con alforja» ni «con dinero atado en su bolsa». Todo aquello que quisiera ofrecer bien para el templo, o para ofrendas, o para los pobres, tenía que ser

llevado por cada uno «en su mano», posiblemente para indicar que el dinero que tenía consigo era exclusivamente para un propósito sagrado inmediato. Fue posiblemente por similares razones que Jesús transfirió estas mismas ordenanzas a los discípulos cuando se dedicaban al servicio del *verdadero* templo. La instrucción «no os proveáis de oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ni de alforja para el camino, ni de dos túnicas, ni de calzado, ni de bastón» debe significar: Id en el mismo espíritu y con el mismo porte con que acudiríais a los servicios del templo, y no temáis, «porque el obrero es digno de su sustento» (Mt. 10:9, 10). En otras palabras: que este nuevo servicio del templo sea vuestro único pensamiento, empresa y solicitud.⁴

Profanaciones insolentes

Pero por muchas precauciones que se tomaran, era imposible preservar absolutamente el santuario de profanación. Para la profanación voluntariosa, arrogante, consciente, fuera con referencia al templo o a Dios, la ley no parece haber provisto ninguna expiación ni ofrenda. A esto alude la Epístola a los Hebreos en el bien conocido pasaje, tan frecuentemente mal comprendido: «Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios» (He. 10:26, 27). De hecho, estos términos amenazantes se corresponden con dos clases de castigo divino frecuentemente mencionados en el Antiguo Testamento. El primero, al que frecuentemente se hace referencia en la advertencia «para que no muera», es llamado por los rabinos «muerte a manos del cielo, o de Dios»; el otro es el de ser «cortado». Es difícil distinguir exactamente entre ambos. La tradición enumera treinta y seis ofensas a las que corresponde el castigo del «cortamiento». Por su naturaleza más grave, en comparación con las once ofensas a las que debía seguir «la muerte a manos de Dios», inferimos que el «cortamiento» debe haber sido el mas severo de ambos castigos, y puede que se corresponda con el término de «fuego airado» o «hervor de fuego». Algunos rabinos mantienen que «la muerte por la mano de Dios» era un castigo que daba fin a esta vida, mientras que «el cortamiento» se extendía más allá de ella. Pero las mejores autoridades mantienen que en tanto que la muerte por mano del cielo caía sólo sobre el individuo culpable, el «cortamiento» se extendía asimismo a los hijos, por lo que la familia aquella quedaba extinguida en Israel. Es a este castigo divino que se hace alusión en 1 Corintios 16:22, bajo la bien conocida expresión judía «Anatema Maranatha», literalmente ¡«Anatema cuando el Señor venga»!

Sus penas

Con estos dos castigos divinos se corresponden otros dos a mano del hombre: los «cuarenta azotes menos uno», y el llamado «apalizamiento de los rebeldes». La distinción entre ambos se explica fácilmente. Lo primero se aplicaba sólo tras una investigación judicial regular y el dictado de una sentencia, y por infracción de algún precepto negativo o prohibición; mientras que lo último recaía en manos del pueblo, por así decirlo, que podía aplicarlo sobre el terreno, y sin juicio, si alguien era atrapado en supuesta rebeldía contra un precepto positivo, ora de la Ley de Moisés, ora de las tradiciones de los ancianos. El lector del Nuevo Testamento recordará estos estallidos populares, como cuando los hombres de Nazaret querían echar a Jesús por el precipicio del monte sobre el que estaba edificada su ciudad (Lc. 4:29), y cuando, al menos en dos ocasiones, el pueblo tomó piedras en el templo para apedrearlo (Jn. 8:59; 10:31). Es un hecho notable que cuando el Señor Jesús y cuando su mártir Esteban comparecieron ante el sanedrín (Mt. 26:58, 68; Hch. 7:57, 58), el proceso fue en ambos casos totalmente en contravención directa de todas las normas de la ley criminal rabínica. En ambos casos la sesión



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



El Arco de Tito, construido para honrar las conquistas de dicho emperador; véase la página 49.

(Mt. 15:5). Por la tradición judía inferimos que debe haberse dado mucha competencia a este respecto. La leña, el incienso, el vino, el aceite y todos los otros artículos necesarios para los servicios sagrados, así como los vasos de oro y plata, eran regalados con generoso celo. Ciertas familias obtenían por su celo especiales privilegios, como que la leña que ellos aportaran se empleara siempre primero para el fuego del altar; y el caso de personas dejando toda su fortuna al templo se trata tantas veces⁸ que no debe haber sido en absoluto una práctica infrecuente. Es a esto que debe haberse referido Cristo al denunciar a los escribas y fariseos que «devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones» (Mt. 23:14).⁹ Porque una buena cantidad de este dinero pasaba al final de la tesorería del templo a ellos, aunque no hay evidencia de intrigas para conseguir dones personales.

El dinero del tributo

Además de estas ofrendas votivas y de la venta del sobrante del incienso, de la harina, etc., la gente solía llevar contribuciones voluntarias «en sus manos» al templo los sábados y los días festivos.¹⁰ Otra fuente de ingresos, y muy grande, eran los beneficios conseguidos con las oblaciones que eran preparadas por los levitas y que se vendían cada día a los oferentes. Pero con mucho, la mayor suma se derivaba del medio siclo del tributo del templo, que era obligatorio para todo israelita varón mayor de edad, incluyendo prosélitos e incluso esclavos emancipados. Como el siclo del santuario era el doble del ordinario, el medio siclo que se debía pagar a la tesorería del templo valía dos denarios o una didracma. Por ello, cuando preguntaron en Capernaum (Mt. 17:24) si Cristo no iba a pagarlo, Él ordenó a Pedro que diera el estatero, o dos didracmas, por los dos. Esta circunstancia hace posible también fijar una fecha exacta para ello, porque anualmente se hacía proclamación en el primero de Adar (el mes antes de la Pascua) por todo el país por medio de mensajeros enviados desde Jerusalén con vistas al tributo del templo. En el 15 de Adar, los cambistas abrían sus puestos por todo el país para



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.



You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

ÍNDICE

Los números en *cursivas* significan
fotos

Acra [17, 25, 28](#)
Adoradores, cómo entraban y
salían [38](#)
Adulterio (*véase también* Celos)
mujer sospechosa de 230-231
Aethrog 179
Altar
del holocausto [44](#), 109
del incienso 110
del sacrificio [132](#)
Antonia, castillo y torre de [28, 29, 30](#)
Año
cómo determinar el año corriente
judío 138
división 194
sagrado y civil 138
Año sabático 126-127
ordenanza de los rabinos 135
Aphikomen 157, 159
Arco de Robinson 15-16, 164
Arco de Tito [49, 55](#)
Arqueología 15-18
Atrios (*véase* Templo)
Ayunos 218-219

Barrio de los sacerdotes (*véase*
Sacerdotes)
Beth Moked [44](#)
Biccurim 240-242

Cabañas, en la fiesta de los
tabernáculos 178-179
Calendario
ajuste del año lunar 136
ciclos festivos del 134
disposición del 134, 137
festivo 139
Calpi 202
Candelero (*véase* Menorá)
Cánticos en el templo 61
Castigos
cuarenta azotes menos uno [53-54](#)
divinos y humanos [53](#)
el apalazamiento de los
rebeldes [53-54](#)
Cedrón, valle del [143](#)
Celos (*véase también* Adulterio)
aguas de 231
ofrenda de 230
Cena pascual 154-161; (*véase*
también) Fiesta de los panes sin
levadura)

Cena, última 161
Cenizas de las vacas alazanas, dónde
se guardaban y cómo se
empleaban 226
Chag 134
Chagigah en la pascua 146, 159,
167-168
Chanukah (*véase* Dedicación,
fiesta de la)
Charoseth 157, 161
Chivo expiatorio (*véase* Macho
cabrío de expiación)
Confesión sobre el sacrificio 83
Consejeros, honorables 73
Contaminación 222-224
Contribuciones, religiosa 240-241
Copa de acción de gracias 160-161
Cuerno (*véase también* Trompetas)
toque del, el día de año
nuevo 194-195
Culpa
cierta o dudosa 93-94
ofrenda por la (*véase* Ofrendas)

Danza 210, 217
Dedicación, fiesta de la 215-216
cuánto duraba 215
Desierto 209
Día, división del 138, 140
Día de Año Nuevo (*véase también*
Fiesta de las trompetas)
duplicación del 137-138

Ester, fiesta de (*véase* Purim)
Estilóbato (*véase* Pórtico real)
Expiación, día de la 198-213

Fiestas 134-135
Filacterias 72
Filón de Alejandría 8-9
Fuente 76, 132; (*véase también*
Templo)
cómo se llenaba 108

Gavilla mecida 170; (*véase*
también Fiesta de los panes sin
levadura)
Gavilla, la primicia en la fiesta de
los panes sin levadura 169-170
Getsemaní 169
Gizbarin 72-73
Guardia del templo 101-102
Guardias de noche 101-102

Hallel
cómo se cantaba durante la
Pascua 149-150
cuántas veces se cantaba al
año 149
dedicación 215
en la fiesta de los
tabernáculos 181-182

Pentecostés 172
qué porción de los salmos 149
Hierbas amargas, en la cena
pascual 158
Hogazas mecidas en
Pentecostés 172-174
Hombres de estación 135-136

Ignorancia, pecados de 92-93
Imposición, de manos sobre
sacrificios 83
Incienso 108-114
Instrumentos musicales en el
templo 59, 60-61

Josefo 7-8

Katholikin 72-73

Lavamiento antes del ministerio 102
Leña, ofrenda de (*véase* ofrenda de
leña)
Leproso 227-230
Levadura 147
Levitas 66-67, 69
Ley, debilidad y poco provecho de
la 198, 206-207
Lulav 179
Luna nueva
cómo se determinaba y se daba a
conocer 136-137, 190-191
fiesta de la 190-193

Macho cabrío de expiación 202-
209; (*véase también* Expiación)
Macpela 109
Masada 9
Mazzoth 166
Menorá [49](#), 110, 217
Mes
cómo se determinaba su
comienzo 136
cuándo era pleno 137
Midrashim [12, 14](#)
Mikveh 211
Misná 10-11
Moed 134
Moed Katon 134, 171
Monte del templo [22, 25, 33, 47](#),
101, 113, 118, 234
Muerte, contaminación por 222-223
cuánto tiempo persistía la
contaminación 223
Muro occidental [45](#), 107, 193
Música en el templo 58-60, 115

Nazareos 237-239
voto de nazareato 237-238
Nicanor, puerta de [42](#)
Noche
deberes en el templo durante 99-100
división de la 101-102

- Oblación (véase Ofrendas)
- Ofel [17](#), [29-30](#)
- Ofrenda de leña [216-218](#)
- Ofrendas [82-83](#)
 cómo se preparaban [95-96](#),
[172-173](#)
 de paces [94](#)
 el holocausto [90-91](#)
 fijas o variantes [92](#)
 las oblaciones [95-96](#)
 por el pecado [91-92](#)
 por la culpa [93-94](#)
 varios tipos de [92-93](#)
 vendidas al oferente en el
 templo [101](#)
- Olivos, monte de los [26](#), [27](#), [123](#),
[207](#)
- Omer, presentación de la primera
 cebada madura en la fiesta de los
 panes sin levadura [171](#)
- Oración
 actitud en la [106-107](#)
 de los rabinos [105-106](#)
 de los sacerdotes en la cámara de
 las piedras pulidas [111-112](#)
 del pueblo durante la combustión
 del incienso [113-114](#)
 del Señor [106](#)
 del sumo sacerdote [203-204](#), [209](#)
 fórmulas litúrgicas [106](#)
- Oraciones, eulogías y
Tephilloth [107](#)
- Órdenes, veinticuatro [65-67](#)
- Pan de la proposición [123-126](#)
- Panes sin levadura [145](#)
 fiesta de los [166-171](#)
- Pascua [10-11](#), [141-152](#)
- Pascual, fiesta [153-162](#)
- Pentecostés, fiesta de [171-174](#)
- Pila [76](#), [132](#); (véase también
 Templo)
 cómo se llenaba [108](#)
- Pórtico real [6](#), [11](#), [18](#)
- Primicias [239-244](#)
- Profecía y su unidad orgánica [89-90](#)
- Prosbul [128](#)
- Purificaciones [221-233](#)
- Purim, fiesta de [214-215](#)
- Qumrán [13](#); (véase también Rollos
 del mar Muerto)
- Reverencia en el templo [52](#)
- Robinson, arco de (véase Arco de
 Robinson)
- Rollos [129](#)
- Rollos del mar Muerto [13-14](#)
- Sábado [120-130](#)
 camino de un día [121](#)
- Sacerdotes [63-70](#)
 bendición de los [114-115](#)
 deberes de los, en los
 sacrificios [82-84](#)
 letrados e iletrados [68](#)
 oficiales entre los [73](#)
 sustento de los [73-74](#)
- Sacerdotes, barrio de los [63](#)
- Sacrificios (véase también Ofrendas
 y las diferentes fiestas)
 de mañana [109](#)
 de tarde y de mañana, a qué
 hora [99-100](#)
- Sagan [73](#)
- Salmos (véanse las diferentes
 fiestas)
 orden diario de los, en el
 templo [115](#)
- Salomón
 pórtico de [18](#), [38](#)
 su supuesta ignorancia del
 significado de la vaca
 alazana [225](#)
- Salutación
 a la despedida de los
 sacerdotes [100-101](#)
 del altar en la fiesta de los
 tabernáculos [186](#)
- Sangre de los sacrificios, vertida o
 rociada [84](#), [85](#), [110](#)
- Santidad (de lugares), grados de [51-52](#)
- Santo Sepulcro, Iglesia del [18](#), [19](#)
- Semanas, fiesta de las (véase
 Pentecostés)
- Servicio (véase también sábado, luna
 nueva y las diferentes fiestas)
 de la mañana [109](#)
 diario, tiempo ocupado en el
 mismo [99-100](#)
- Siloé, estanque de [183](#)
- Símbolos y tipos, significado de
 los [19-20](#), [78](#)
- Simeón el Justo [108](#), [237](#)
- Sinaí, monte de [177](#)
- Suertes
 echadas para los servicios del
 templo [102-103](#), [108](#)
 para llevar el incienso [112](#)
- Sumo sacerdote [68-70](#)
 cinto del [70](#), [72](#)
 confesión del, en el día de la
 expiación [202-203](#), [205](#)
 entrando en el lugar
 santísimo [204](#)
 oración del [203-204](#), [209](#)
 poniendo los pecados sobre el
 macho cabrío de escape [203](#)
 por unción o por investidura [69-70](#)
 vestimenta del [65](#), [70-71](#)
 vestimenta del, en el día de la
 expiación [72](#)
- Sustitución (véase Sacrificios y
 Sangre)
- Tabernáculos, fiesta de los [176-187](#),
[181](#)
- Talmud [12](#)
- Templo [43](#), [111](#)
 área y apariencia general del [32](#)
 altar del holocausto [44-45](#)
 alusiones de S. Juan a sus
 servicios [98](#)
 atrio de las mujeres [39-40](#)
 atrio de los gentiles [38-39](#)
 atrios de Israel y de los
 sacerdotes [42](#), [52](#)
 atrios y cámaras [36](#), [41](#), [39-44](#)
 cánticos en el [61](#)
 cambistas de dinero en el [55-56](#)
 columnatas [35-38](#)
 contribución al [54-56](#)
 de noche, el [99-100](#)
 deberes en, y disposición del [150](#)
 descripciones en la *Misná* [44](#)
 el «Chel» [39](#), [50n](#), [12](#), [150](#)
 el «puente real» de acceso al
 mismo [35](#)
 la Santa Casa misma [46](#)
 extensión del [17-18](#), [29-30](#), [54](#)
 fuente (véase Pila)
 ingresos del, cómo se
 empleaban [58](#)
 música en el [58-60](#), [115](#)
 pila [45-46](#), [76](#)
 plano del [31](#)
 pórticos [35](#), [38](#)
 puertas del [3](#), [18](#), [30](#), [39](#), [91](#)
 las «puertas de Hulda» [185](#)
 la «puerta de Nicanor» [42](#), [228](#),
[229](#)
 la «puerta Hermosa» del [39](#)
 suministro de agua [45](#)
 tesorería [54-55](#)
 tributo y su cantidad [55-58](#)
- Terumoth* [240-241](#)
- Tesorería del templo [54-55](#)
- Testigos de la aparición de la luna
 nueva [190-191](#)
- Tiempo, división del [138-140](#)
- Tipos (véase símbolos)
- Tito, Arco de (véase Arco de Tito)
- Tosefta* [12](#)
- Trompetas
 o cajas de ofrendas, en la
 tesorería del templo [40](#)
 fiesta de las [193-196](#)
 toques de [59](#), [79](#), [127](#), [191](#), [201](#)
- Vaca alazana [223-226](#)
- Virgen María, purificación de [221-](#)
[222](#)
- Votos [236-245](#)

ÍNDICE DE TEXTOS BÍBLICOS

GÉNESIS

1:9 229n. 21
1:11, 12 220n. 21
1:14 220n. 21
1:20 220n. 21
2:3 120
3:15 89
12:3 141
15 153
28:20 237
32:32 96n. 7
40:9-15 156
49:26 238

ÉXODO

12 141
12:3 146
12:6 141
12:8-10 154
12:15 141
12:16 143
12:22 249
12:25 144
12:33, 39 166
13:4 138
13:5 144
13:8 158, 162
15 58, 126
16:36 95
19:1-3 171
19:5, 6 64, 67
19:7 171
19:8 171
19:10-16 175n. 18
19:16, 19 60
20:18 60
22:29 240
23:10, 11 127
23:14 141
23:14-16 141
23:14-17 171
23:15 138, 144
23:16 171, 176, 240
23:19 240
24 80, 155
25:2 94, 245n. 15
25:23ss 124
25:29 124
25:30 123
25:31ss 110
29:27 245n. 15
30:12 56, 57
30:12, 13 64
30:13 245n. 15
30:34 110
32:26 63
32:32 197n. 10
34:18-20 143
34:18-23 141
34:22 141, 176

34:26 240
35:5 245n. 15
35:13 123
35:29 94
36:3, 6 245n. 15
39:36 123
40:6 83

LEVÍTICO

1:3 83, 135
1:9 84-85
2 80
2:1 95
2:2, 9 95
2:3, 10 82
2:4-7 95
3:1-5 167
3:2, 8 135
3:3-5 95
3:4-5 94
4:3, 22 92
4:4 83
4:6, 17 84
4:8 92
4:11, 12, 20 225
4:13 88n. 4, 97n. 14
4:14 224
4:15 83
4:22 92
4:23 93
4:25 84
4:28ss 93
4:31 85
5:1 92
5:1-13 97n. 10
5:6 93
5:11 80
5:11, 12 95
5:11-13 93
5:15 97n. 19
6:12 97n. 19
6:12-16 104n. 20
6:17 82
6:20 42, 95
6:21 154
7:1 80, 82
7:3 94
7:11 86, 94
7:11ss 94
7:12 74, 80, 94
7:14, 32, 34 245n. 15
7:16 94
7:29-34 167
7:30 95
7:32 95
8:9 238
8:25-29 95
8:26 245n. 13

9:3-15 93
10:12 82
10:15ss 95
10:17 93
12 221
12:6 93
12:8 92
13:12, 13 227-228, 233n. 26
14 228
14:1-9 228
14:4 88n. 4
14:10 93
14:10-20 228
14:12 94, 95, 97n. 11, n. 19
14:13 82
14:21 92
14:24 83
14:29 228
15:14, 29 93
16 199, 208
16:2, 13 212n. 11
16:3 92, 199, 213n. 30
16:4 199
16:5 92
16:8, 10, 26 208
16:8, 10, 28 202
16:17 82
16:20 206
16:21 83, 105, 207, 213n. 37
16:22 205
16:24 201
16:26 208
16:30 202
16:31 140n. 3
16:33 198, 205
17:11 79
19:20 97n. 19
19:23-25 241
21ss 222
21:11 238
21:12 238
22:12 245n. 15
22:23 94
22:29, 30 74
23 179
23:3 122
23:4-22 141
23:5 141
23:5, 6 141
23:7 143
23:10, 11 169
23:11 95, 170
23:15, 24, 32, 39 120
23:15 130n. 2
23:15, 16 171

23:16, 17 240
23:19 94, 175
23:20 95
23:21 171
23:24, 32, 39 170
23:24 193
23:25, 32 178
23:26-32 199
23:27-32 208
23:32 140n. 3
23:34, 43 177
23:35, 36 178
23:39 177-178
23:40 178
23:42, 43 178
23:43 177
24:7 131n. 25
24:8 122
25:5, 11 244n. 6
25:8 130, n. 2
25:9 60, 199
25:23 141
27:2-8 237
27:9, 10 237
27:11-27 237
27:16 74

NÚMEROS

4:3 75n. 14
4:7 122, 123
5:9 245n. 15
5:11-31 230
5:15 80, 95
5:19-22 231
5:25 95
6 237
6:2 238
6:3, 4 238
6:7 222, 238
6:10 93
6:10-12 94
6:12 97n. 11, n. 19
6:13-21 239
6:14 93
6:14, 15 239
6:19, 20 239
6:20 95
6:21 239
6:24-26 114
8:24, 25 75n. 14
9:1-5 144
9:3, 5 141
9:9-11 137, 143
9:9-12 171
10:1-10 191
10:2 115
10:10 191
15:1-10 180
15:1-12 80
15:18-21 241
15:19 245n. 15
15:20 74
15:20, 21 240
15:24 93
15:24-26 88n. 4
15:37-41 112
18:7 64
18:8, 11 245n. 15
18:12, 13 240
19 221

19:7, 8 223
19:9, 17 222
19:11, 12 238
19:11-16, 18 222
19:13 200
19:17 224
19:21 223
19:22 222
25:7, 8 54
28:1-12 80
28:4 100
28:4, 8 100
28:9, 10 58, 122, 126
28:11 191
28:11-15 191
28:15ss 93
28:16, 17 141
28:18 143
28:19-24 167
28:26 171
28:26-30 172
28:26-31 171
28:27 175
28—29 91
29:1 193
29:1ss 80
29:5ss 93
29:7-11 199-200, 208
29:8-11 201
29:11 199
29:12ss 180
29:12-38 186
29:16 209
29:36-38 186
30:2 236
30:3-8 237
30:26-28 236
31:19 222
31:41 245n. 15

DEUTERONOMIO

1:1-6 128
5:15 120
6:4 112
6:4-8 128
6:4-9 112
8:8 240, 246n. 18
11:13-21 112
11:13-22 128
14:22 128
15:1-6 128
15:14 131n. 35
15:23 128
16:1 138
16:2, 16, 17 143
16:2 249
16:3 166
16:13, 16 177
16:15, 14, 16, 17 178
16:16 141
16:16, 17 144
16:17 167
17:14 128
18:3 74
18:4 240
18:11 240
21:3 232n. 8

EL TEMPLO

Su ministerio y servicios en tiempos de Jesucristo



«Ha sido mi deseo en este libro transportar al lector diecinueve siglos en el pasado; mostrarle Jerusalén como era entonces, cuando nuestro Señor pasaba por sus calles y por el Santuario, cuando enseñaba por sus porches y atrios», escribe Alfred Edersheim en el prefacio original de su obra clásica *El templo: Su ministerio y servicios en tiempo de Cristo*.

Edersheim ha reunido la investigación y las reflexiones de numerosos eruditos y teólogos y ha puesto el fruto de su labor a disponibilidad de una amplia audiencia de estudiantes, pastores y lectores laicos. Desde su primera publicación en 1874, *El templo* ha sido un valioso compendio de información que sirve de puente para estrechar la brecha cultural e histórica entre el mundo antiguo del primer siglo y la era moderna.

Las notas originales han sido revisadas y puestas al día cuidadosamente en esta nueva edición que además incluye una Introducción escrita por el doctor John J. Bimson. La presente obra está complementada con más de setenta y cinco fotografías e ilustraciones a todo color, incluyendo muchas fotografías tomadas específicamente para este proyecto a la extraordinaria maqueta del templo de Herodes construida por el señor Alex Garrard de Norfolk, Inglaterra.

ALFRED EDERSHEIM (1825-1889) nació de padres judíos en Viena, Austria. Después de estudiar en las universidades de Viena, Edimburgo y Berlín, se hizo ministro presbiteriano y trabajó como misionero en la comunidad judía de Jassy, Rumania. Otra de sus obras clásicas conocidas es *La vida y los tiempos de Jesús el Mesías*.

JOHN J. BIMSON (B.A., Ph.D.) es bibliotecario y preceptor de Antiguo Testamento en el Trinity Theological College de Bristol, Inglaterra. Entre sus áreas especiales de estudio están los antecedentes históricos, arqueológicos y culturales del Antiguo Testamento, y el período intertestamentario y la arqueología del Nuevo Testamento.



EDITORIAL PORTAVOZ

Estudio bíblico

ISBN 0-8254-1199-8



9 780825 411991 >